Liceo

DICIEMBRE 1970

ESCAFÉ

cesc
MUSEOS DE ARTE · BIBLIOTECA

LAS PECAS, manchas del rostro, puntos negros e impurezas, las provocan el sol, el aire, la playa, el campo y las intempéries, surgiendo una y otra vez, indefinidamente, a pesar de que se cubran con polvos compactos o con cremas no apropiadas.

No se trata de tapar las pecas, manchas, etc., sino de que desaparezcan, se fundan y quede un cutis limpio y perfecto, lleno de juventud, belleza y lozanía.

Es bien conocido que los productos

Bella Aurora

son los únicos que consiguen estos resultados.

Al acostarse
Crema Bella Aurora eliminadora de pecas, manchas, imperfecciones, etc., creadora de gran belleza.

Al maquillarse
Crema líquida invisible, creadora de belleza. Base para polvos, Máxima adherencia.

Al levantarse
Use nuestro purísimo jabón para cutis delicados, de efectos balsámicos, como cold-cream No reseca la piel.

En cualquier tiempo y lugar
Crema "TODO USO". Penetra profundamente en el cutis fundiéndose con él, alimentando las glándulas sebáceas.

AÑO XXVI/N.° 236/INVIERNO 1970

Sumario

5 La temporada de Opera del Gran Teatro del Liceo 1969-1970

9 Navidad: La festividad del mundo

23 Figuras y Belenes

25 De San Nicolás a Santa Claus

27 Los aguinaldos de Navidad
■ J. Amades

29 Los villancicos de Navidad en el Siglo de Oro

31 Belén USA

34 Decálogo del buen bebedor de Champán

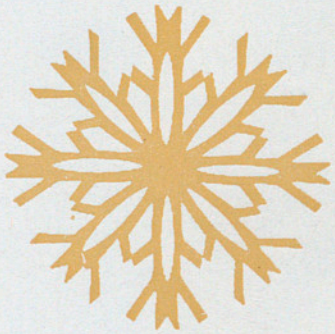
35 El árbol de Noël

37 Gastronomía navideña. Sugerencias

39 Cine. «La hija de Ryan»

40 La moda viene de... España

42 Auge y decadencia de la montería española



DIRECTOR: Tomás de Acarreta

EDITOR: José O. Oromí Puig

Redacción y Administración:

Pelayo, 62, pral. - Tel. 221 44 16 - Barcelona

SUSCRIPCION - España: Anual 150 pts. - Semestral 100 pts.

Demás Países: al año, 250 pts.

Precio del ejemplar: 25 pts.

Rogamos a los señores propietarios del Gran Teatro del Liceo que, en caso de no recibir nuestra revista se sirvan reclamarla directamente a nuestra Administración: Pelayo, 62, pral., a fin de remitirles el ejemplar que hubieran encontrado en falta.

Depósito Legal: B. 377-1958

Gráficas Comercial Gimeno - Ciprés, 45 - Barcelona

«Liceo» se une de todo corazón a todos sus lectores, colaboradores y amigos para desearles en la fiesta entrañable de la Natividad del Señor toda clase de venturas bajo un alto símbolo: El de la fraternidad y la paz.

250 Habitaciones con baño

Aire acondicionado - Restaurante bar

Bar «Ancla» - Rincón «Opera»

Garage - Telex - Tel. 232 04 00

LA TEMPORADA DE OPERA DEL GRAN TEATRO DEL LICEO

1970 - 1971

Nuestro primer coliseo ha puesto ya en funcionamiento el complejo engranaje artístico que supone la temporada de ópera, este año si cabe con el mayor realce que le dio la conmemoración —en su jornada inaugural— del primer centenario de «Aida», la ópera verdiana estrenada la nochebuena del año 1871 en El Cairo, con cuyo estreno se festejó la inauguración del Canal de Suez. Su reposición inmediata tuvo lugar en «La Scala de Milán» el 7 de febrero del siguiente año.

No cabría en este sucinto reportaje analizar las representaciones más notables que de «Aida» se han dado en nuestro Liceo. Y decimos más notables porque sería imposible enumerar, aún de forma puramente enunciativa, las casi cuatrocientas representaciones que de la ópera que nos ocupa se han representado hasta nuestros días. Pero sí que nos referiremos a la que figuró en el cartel de inauguración de la temporada 1970-71, la cual podemos calificar, como preámbulo, de apoteósica en el más amplio sentido de la palabra. Pero vayamos por partes.

El peso de la obra cayó en la soprano Angeles Gulín y en el tenor Pedro Lavirgen. No nos extenderemos en analizar la interpretación que del difícil personaje de «Ramadés» dio el excelente tenor cordobés ya que en la memoria de todos permanece fresco todavía el recuerdo del extraordinario éxito que obtuvo en 1968 con el mismo papel. Pedro Lavirgen es conocidísimo de nuestro público liceísta y con la interpretación que nos ocupa consiguió un nuevo jalón a añadir en su señalada carrera de éxitos.

Desde su brillante «Celeste Aida» hasta su último dúo con la Gulín su interpretación fue una auténtica escalada de éxitos «in crescendo».

Angeles Gulín que debutaba en Barcelona obtuvo en éxito memorable dentro de esta también memorable noche. Posee una voz potentísima la cual dio todo lo que tiene de sí precisamente en el acto tercero y en el dúo final junto con Pedro Lavirgen. Angeles Gulín tiene, además, un registro musical que abarca con holgura todas las notas del pentagrama.

Identificado plenamente con el personaje de «Amonasro» debemos destacar al barítono Jean-Charles Gebelin, brillante en todas sus intervenciones.

Hizo también su presentación en Barcelona la mezzo Ruza Baldani, yugoslava, veterana en las lides, le permitió encarnar su papel con auténtica suficiencia y dignidad artísticas, siendo dueña en todo momento de la voz y del gesto.

El resto del reparto estuvo a la altura de las circunstancias. No podemos por tanto dejar de referirnos a los bajos Alvaro Malta y Gwine Howell, éste en el papel de «Ranfis» y aquél en el de «El Rey».

La dirección musical recayó en el maestro Antón Guadagno auténtico virtuoso y especialista de las óperas verdianas. Bajo su experta batuta voces y orquesta obtuvieron divina mescolanza, sin la más leve disonancia, imprimiendo allí donde convenía el más recio vigor o la más suave delicadeza en los pasajes que le son requeridos. El engranaje escénico corrió a cargo del regista Enrico Frigerio. Bajo su dirección obtuvo un notable, casi diríamos sincrónico movimiento de masas situando los personajes precisamente allí donde debían estar tanto en el aspecto individual como en el dificilísimo arte de mover las masas.

Suntuoso el vestuario y correctísima la presentación general, ambos cuidados hasta el más mínimo detalle. En este aspecto hubo momentos en que creíamos vivir «al natural» alguna de aquellas escenas que hicieron célebre a Cecil B. de Mille.

Coros y ballet actuaron con notable desenvoltura. En este capítulo cabe mencionar a Asunción y Angeles Aguadé, Alfonso Rovira, Carmen Cavaller, María Dolores Escriche, Elena Bonet, Guillermina Coll y toda la compañía del Ballet que dirige el maestro Magriñá. En la parte coral el Orfeó Atlántida que dirige el maestro Coll, reforzó de manera notable los coros del maestro Bottino.

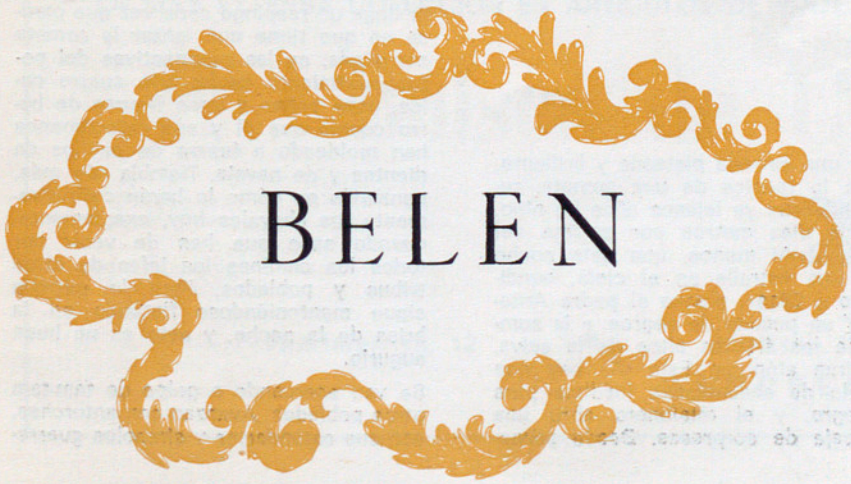
El escenógrafo Nicola Benois con los fastuosos decorados de la «Scala» de Milán contribuyó a la mayor lucidez del espectáculo que será recordado como uno de los más espectaculares acontecimientos artísticos de nuestro primer escenario de ópera.

El público que abarrotaba el Liceo —hubo muchísimos que aguantaron de pie las tres largas horas de representación— supo premiar con calurosos y merecidos aplausos este memorable acontecimiento con el cual quedaba, de forma brillantísima, inaugurada la temporada de ópera 1970-71 en nuestro Gran Teatro del Liceo.

L. G. P.

SASTRE

NAVIDAD
Festividad del Mundo



La afluencia de visitantes y turistas a Tierra Santa constituye un récord y habrá muy poco sitio estas Navidades, si lo hay, en hoteles y pensiones de Jerusalén y Belén.

El camino a Belén sale suavemente de Jerusalén, cruza el valle de Cedrón, baja en pendiente cerca de la Piscina de Siloam antes de iniciar su lenta y tortuosa ascensión por las colinas hacia el santuario. Es un camino nuevo. El sendero que San José y la Virgen recorrieron cientos de años ha, era más directo, solamente comprendía unas seis millas en comparación con las doce millas de hoy. La actual división de Tierra Santa entre los países de Jordania e Israel hace que el camino original de los peregrinos

quede interceptado por un desvío en la frontera, dejando la mayor parte en Jordania pero suficiente en manos de su vecino para tener que trazar un nuevo camino.

Durante toda la víspera de Navidad el camino a Belén constituye una procesión continua de coches, autocares y personas a pie. Son los peregrinos que acuden desde los más remotos confines de la Cristiandad a congregarse en aquella pequeña ciudad, la ciudad de David, para celebrar el nacimiento de Jesús, que tuvo lugar hace dos mil años.

La Nochebuena en Belén, con su enorme contingente de peregrinos, no puede ser diferente de lo que fue aquella lejana y estrellada noche. Pues se había «publicado un decreto en que toda la nación tenía que ser empadronada y todos los habitantes volvieron a su ciudad natal». Allí estaban todos reunidos, todos aquellos que pertenecían a la ciudad de David, los hijos cuyas ocupaciones y vocaciones les llevaron a emigrar a otras regiones de Canaan. Debió haber sido una multitud dichosa, alegre y animada, la que se aglomeraba por las calles: hermanos, amigos, vagabundos.

Aquellos que visitan Belén por primera vez tal vez sientan una ligera decepción pues la realidad de lo que ven no acaba de coincidir con las escenas navideñas, más bien fantasmagóricas, evocadas en la infancia. No habrá nieve. Belén está demasiado cerca del Mediterráneo para que el menor rastro de nieve persista. Es posible que la noche sea clara; desde luego, será una noche fría. Las noches de invierno en Tierra Santa son invariablemente frías. Los días luminosos con un cálido sol inducen a error para juzgar la temperatura nocturna.

En las calles de Belén hallarán cambistas de dinero. En la proximidad de los edificios oficiales del Gobierno aún pueden verse escribas. Un borrico llevando un saco de harina del molino al panadero, les obligará a dejarle paso libre. Las mujeres llevarán largos vestidos adornados con bordados de vivos colores. La Biblia habrá recobrado vida de mil formas imprevistas. El pueblo de Belén ha inmovilizado el tiempo.

El principal acontecimiento de Nochebuena en Belén es la Misa de Medianoche de las iglesias latina, griega y armenia en la Iglesia de la Natividad. Unas cinco mil personas pueden asistir y la entrada es mediante invitación.

El establo donde yacía el Niño Dios se encuentra dentro de la iglesia de la Natividad. Se halla debajo del nivel del suelo y se llega por una escalera. Es una pequeña habitación al pie de la escalera, iluminada por lámparas de aceite y en ella sólo caben seis u ocho personas. Detrás de una reja hay una placa de mármol, con una estrella incrustada, en torno a la cual se lee una inscripción en latín diciendo que aquí nació el Niño Jesús.

Es difícil asociar este cuartito con un establo. Es tan diferente de la imagen de nuestra infancia. Un establo evoca animales, casi se puede oir el rumor de las patas y el aire, caliente con la respiración de los caballos y el ganado, lleno del crujir de la paja y la avena que van comiendo. Los detalles dorados y los adornos en torno a la placa de mármol resultan fríos. «El Niño Dios durmiendo en la paja» es un sueño que se desvaneció.

Encima del techo de esta pequeña habitación, dentro de la iglesia de la Navidad, los fieles reunidos se sentarán en esta Nochebuena. La multitud de la calle guarda silencio, el carillón de las campanas de la iglesia despierta ecos a través del campo iluminado por las estrellas, el mundo está silencioso. De repente, el reloj da las doce, un jubiloso grito nace de las gargantas de la multitud. Es un grito exultante, esta noche; «un Salvador ha nacido; paz en la tierra a los hombres de buena voluntad». Nace una nueva esperanza para el mundo.

J. D.

Exactamente igual que entonces, hace veinte siglos, aunque otro sea el paisaje. El Niño Jesús ha nacido milagrosamente en esta amanecida del 25 de diciembre, metidos ya de pleno en el calor del verano. Más al norte habrá nieve sobre las montañas y un cielo grisáceo.

UNA ESTRELLA EN UN CIELO DE VERANO

Al padre Antonio se le ha ocurrido hacer una estrella plateada y brillante, y con la técnica de una cometa, recordando sus ya lejanos años de niño, lanzarla diez metros por encima del poblado. «Al menos, que esta noche haya una estrella en el cielo, bendiciendo a Dios», piensa el padre Antonio. Y un puñado de negros, a la sombra de los árboles altos de la selva, la miran atónitos. Este día hay que llenarlo de sensaciones inéditas para el negro, y el misionero abre una una caja de sorpresas. Desde primeros de noviembre, allí, en el puesto de misión, ha estado ideando estrellas volantes, figuras para un Nacimiento y ensayando con un grupo de muchachos, escondiéndose detrás de los platanares, una canción nueva con sabor de villancico. Al padre Antonio le llega un respingo cada vez que piensa en que tiene que lanzar la cometa estrellada, en las perspectivas del pobre nacimiento hecho con cuatro palos, unas cañas y unas figuras de barro cocido que él y sus catecúmenos han moldeado a fuerza de palillos de dientes y de navaja. Tiembla aún más, pensando en cómo lo harán definitivamente los chavales hoy, exactamente, cuando sabe que han de venir por todos los caminos los jefes de otras tribus y poblados. Pero la estrella sigue manteniéndose flotando en la brisa de la noche, y esto es un buen augurio.

Se van acercando a golpe de tam-tam otros poblados. Avanzan con antorchas, con sus estandartes y símbolos guerre-

ros, con sus lanzas. Forzosamente hay que pensar en aquella hermosa noche de Belén, puesto todo el pueblo en pie para adorar a un Niño recién nacido al que llamaron Mesías. Los pastores, también aquí, en las montañas, han encendido sus hogueras. La selva se llena de la música de los mejores días.

El poblado, menos de cien casas, humildes, de paja reseca, como pobres establos está hoy lleno de misterio. El misionero ha dicho a sus catecúmenos que hoy nace Jesús-Dios y eso es trascendentalmente serio. En su psicología danza la duda de la alegría o el temor. Sólo los niños se sienten más cerca de aquel Niño que ha nacido en la noche, y juegan y saltan.

HA LLEGADO KAFULA Y LOS SUYOS

El jefe del poblado ha salido a saludar a la periferia de la plaza a Kafula, el jefe del poblado más próximo. Un saludo de paz, en esta noche navideña. Kafula viene con los suyos. Se sienta y hacen corros. Traen una mirada de misterio como si presintieran el gran misterio de la noche esta. Apenas hablan. Han callado los tam-tams. En el pórtico de la iglesia se ha improvisado, pisoteando montones de tierra, un escenario. Son las once de la noche, que en otras noches era una hora profunda de silencios, y los muchachos de la escuela que han venido ensayando su trabajo días y días, inician la representación del gran misterio. Es una obra que escribió en lengua indígena, hace años, otro padre que ha muerto y tiene en el breve cementerio de la Misión su pedazo de tierra. El padre Antonio se ha sentado, amigo y confidente de estas horas, con los jefes. En éstos hay un gesto de respeto y una mirada detenida. Las palabras de los ángeles y de los pastores, de San José y de la Virgen, sin duda les van empapando el alma.

Después hay música de tam-tams. Una música de profundidad religiosa. Lenta, suave. Es el homenaje de cada tribu al Dios de los cristianos que dicen ha nacido esta noche.

Mientras se reviste, en un lado del altar, y reza, ve entrar a los pocos blancos que hay por las cercanías, dos o tres familias. También entran Kafula y los suyos, los del poblado de Mundura, y los de Munga, que han llegado tarde a la representación del misterio. Todos han llegado con sus mejores galas, con sus adornos, con sus pieles recién curtidas.

«TIPASENI MATABICHO»

«Deme el aguinaldo». — Los negros se lo habrán repetido al «patrao» veinte días antes de este día 24, y aún lo repiten los pequeños, apretados a la entrada de la capilla. Alguno se ha provisto de media calabaza pequeña vacía y la emplea de platillo.

JESUS HA NACIDO EN UNA CHOZA

Si así estaba escrito para entonces, razón de más para que Jesús-Niño haya querido nacer en esta choza de paja y de troncos, en esta noche. ¿Es que nace Jesús-Niño, en esos palacetes de cartón piedra de muchas casas de ricos? Al padre Antonio se le adivina que está pensando en aquel Belén de sus siete y ocho años, perfecto, con mil figurillas, su río con agua corriente, sus estrellas sobre el fondo azul fuerte de una noche perfectamente imitada en cartulinas. Sin embargo ahora siente que a menudo le faltaba calor, un calor del alma que le estallara como en esta noche en la que se siente contemplado y reverenciado por centenares de ojos inmóviles, absortos en su inmediato milagro.

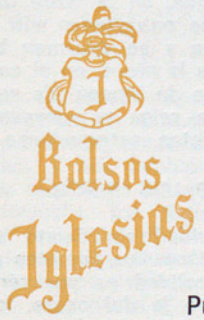
Un villancico llena de melodías los cincuenta metros cuadrados de la capilla:

«Akumbizi a ku Belem,
Longani pidabva imue,
Tabva anjo a Kudzulu
Mbaimba mphangua zadidi.
Gloria in excelsis Deo...»

Es hermoso: «Pastores de Belén — decidnos lo que habéis oído — oímos a un ángel del cielo que cantaba y decía: Gloria in excelsis Deo...»

El Niño Jesús, metido en su cuna, parece que abre en una sonrisa sus labios gruesos, de niño nativo. Sus

ARTICULOS DE CALIDAD
LA MAS EXTENSA COLECCION EN ARTICULOS DE VIAJE



Bolsos de Cocodrilo

Puertaferrisa, 12 • Petritxol, 18 • Cruz Cubierta, 51
BARCELONA

ojillos abiertos no se cierran en esta noche sin sueño. Y cada negro, al mirarle, piensa que sólo lo mira a él.

Las palabras del padre Antonio tienen un fondo de arpas y de xilofones. Un niño toca suave, con miedo, la pandereta que le ha regalado otro año un misionero que había nacido, como el padre Antonio, donde Jesús nace cada 24 de diciembre entre panderetas y zambombas, entre fandangos y alegrías. «Muana Jezu abalua leso». — Ha nacido el Niño Jesús —. Es curioso: dicho de prisa, al padre Antonio, que aún no ha perdido su acento, le parece que esto del chisena debe de ser una rama del andaluz. Saltan silbantes las letras en las palabras de los niños que salen atropellándose de la capilla. En la noche, persiste iluminada, la estrella.

La gente comenta en la plaza cuadrada. Algunos alumnos de la escuela repiten alguna estrofa del último villancico. La campana de la capilla, dulcemente, despide a los que se van: Kufula y los suyos, Mundura y Munga. Pero muchos se han quedado en el poblado a dormir debajo de cualquier banano tapándose la cara con una hoja fresca porque la estrella les quiere llenar de luz los ojos. Ya es la una cuando el poblado se queda dormido. Al pie del altar, con el gozo aún de esas dos horas maravillosas recién vividas, el padre Antonio también siente nostalgia de España, de los de su sangre, y piensa que, como otros años, el turrón llegará en febrero.

Son las dos cuando el padre Angel vuelve de decir la misa de medianoche en el poblado de Añiura, veinte kilómetros más allá. Con el padre Antonio la moto sale zumbando. Mañana vendrá al mediodía porque le han invitado a la gran comida de «nkali» y a unos tragos de «kabanga» y «buadua» hecha de maíz o mijo.

En la Misión, el padre superior comenta el radiomensaje de Su Santidad. Al padre Antonio aún le da tiempo de escuchar algunos villancicos en español en una emisora que debe ser Radio Usumbura.

C. G

FIEBRE DE COMPRAS PARA CELEBRAR EL AÑO NUEVO

La nieve ha llegado justamente a tiempo para no decepcionar a los varios miles de turistas extranjeros atraídos a Moscú por el festival del «invierno ruso». Ciertamente había suficientes grandes nombres de ballet para satisfacer a los aficionados, así como nombres insignes de la música y del circo, pero en cuanto a los «paseos en troikas tiradas por renos y perros» prometidos por el «Intourist», parecen muy comprometidos.

Hasta hace poco, Moscú, inundado por extrañas lluvias otoñales, parecía más bien Londres y había menos nieve en las calles que en los instituto de belleza de la calle Gorki. Allí, al lado de 15 especialistas en dermatología, cirujanos, psiquiatras que se dedican, según la Agencia Tass, «al perfeccionamiento del aspecto del hombre» encantadoras especialistas, por la módica suma de dos rublos, practican un masaje facial, una máscara cosmética o un maquillaje a unos 1.500 clientes, de los que una tercera parte pertenecen al sexo fuerte. El viejo tratamiento campestre a base de huevos y vodka ha sido abandonado por la aplicación de nieve sobre el rostro. De las jóvenes Natachas que salen con la tez más fresca y los ojos bien maquillados de este establecimiento, que ciertamente ha superado las normas del plan.

LOS RUSOS, GRANDES AFICIONADOS A LAS FIESTAS

Pero, por fin, la nieve está aquí, traída por la Providencia o el «relojero divino» oficialmente prohibido en la URSS, a excepción de los creyentes que esperaban una quincena de días para celebrar el nacimiento de Cristo. No es por Navidad, sino por Año Nuevo por lo que los soviéticos se apresuran, invaden las tiendas y acumulan provisiones. Los rusos, grandes aficionados a las fiestas, están bien decididos a celebrarlas todas. Así, por todas partes, se verán mesas desbordando de vituallas y el gran río de Vodka —uno de los pocos que no se hielan en invierno— fluirá pródigamente tanto para el «viejo« año nuevo de los ortodoxos como para el «nuevo» año Nuevo de los sin Dios.

Sin embargo, si uno se pasea por las calles y tiendas, podría confundirse Ese hombre bonachón de rojo vestido, con su gran barba blanca, cargado con un saco, ¿no será Papá Noel? No, se trata del «abuelo invierno» que se le parece como un hermano. Al lado de Snegurochka, que podría ser perfectamente la prima de nuestra capitalista Blancanieves, se le encuentra por todas partes, y sobre todo en las grandes tiendas «el mundo de los niños», la casa de los juguetes, al pie de magníficos y rutilantes árboles de Navidad, aconsejando a padres e hijos, tan nerviosos e insoportables como los de Occidente. Según las últimas noticias, los que tienen medios para hacerlo pueden encargar por teléfono un «abuelo invierno» a domicilio. Pero puede suceder, y sucede a menudo, que esos abuelos, en la tarde del 31 de diciembre se entretienen con unos vasos de vodka y se duermen beatíficamente entre la nieve, en el campo, a pocas verstas de Moscú. Ya se ven algunos a toda prisa y zigzagueando sobre motocicletas estruendosas.

LA FIESTA DE LOS NIÑOS

Pero esta Navidad sin Cristo es la fiesta de los niños. Los juguetes abundan y si su calidad es por término medio inferior a la del oeste, la posibilidad de elegir es igualmente grande. Se encuentran magníficos e inmensos osos «Micha» (personaje importante de las fábulas rusas) y, natural-

NAVIDAD
FESTIVIDAD DEL MUNDO

Las ofrendas al Niño que acaba de nacer son uno de los símbolos más característicos de las fiestas de Navidad y aparece plasmado de una manera encantadora en este cuadro tan emotivo, lleno de simpática evocación.

mente, numerosos juguetes científicos, de construcción. Sin duda se cuentan muchos cosmonautas de celuloide, de plástico, y hay también las panoplias de los caballeros del espacio. Pero, en su conjunto, los juguetes son clásicos. Prevalece el conservatismo de los gustos. Hay muñecas de cara simpática, menos perfectas que sus hermanas americanas y, hay que reconocerlo, varios periódicos han denunciado estos últimos días los defectos de algunos fabricantes. Se encuentran también soldados, sobre todo en material plástico. Son baratos y con 80 kopeks se puede ofrecer fácilmente una compañía de guardias fronterizos o de paracaidistas.

Esto es un dato. Se extraña encontrar metralletas, pistolas y armas de todas clases, en madera. La propaganda pacifista contra los juguetes «militaristas» no parece haber progresado mucho en este país de fuerte tradición militar y, después de todo, se trata siempre de defender a la «patria socialista»...

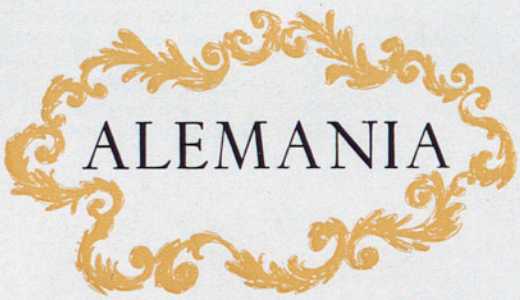
Los rusos son naturalmente generosos y hospitalarios. Así, sin necesidad de ser alentados por los artificios de la publicidad, la fiebre de compras es tan grande como en Londres o en Nueva York. La batalla es ruda y hay que poner en acción los codos para acercarse a los mostradores. En la alimentación, más de 1.350 departamentos suplementarios han sido abiertos en los almacenes estatales donde, afortunadamente, es posible hacer encargos por teléfono. La demanda crece espectacularmente durante las fiestas y ha sido preciso traer más de 400.000 abetos, más buscados que los árboles de materia sintética. La fábrica «Marat» comunica que de aquí a fin de año entregará unas 17.000 toneladas de bombones. Los rusos se entusiasman con los dulces y también con las flores. Hacen falta flores para adornar las mesas, para las felicitaciones de los niños a sus padres, para ofrecerlas a las esposas y a las madres, y son precisas también para los espectáculos cuando, en pleno delirio, se arrojan sobre el escenario del Teatro de la Opera ramos de admiración.

En los restaurantes es preciso haber reservado la mesa mucho antes. En ellos, el gusto por el fasto y la extra-

vagancia propio de los rusos, tiene campo libre. Los desconocidos y, sobre todo, los extranjeros, verán que les ofrecen champán para beber «por la paz y la amistad». Se beberá y se bailará, y las viejas generaciones se enternecerán escuchando los tradicionales romances mientras que los jóvenes escucharán con delectación los ritmos del «twist» o los «jibby, jibby, bubba» de la animadora peinada a lo Bardot.

Pero, indiferentes a curiosos mensajes ideológicos, lejos de esas cálidas veladas, los niños pasarán el tiempo en los innumerables espectáculos de cine y teatro preparados especialmente para ellos, donde el abuelo invierno hará inevitablemente su aparición para repartir regalos. En el «Estadio Lenin», más de 1.300.000 niños se reunirán durante las fiestas y cada uno recibirá un regalo. El nuevo año soviético se une así a la Navidad de Occidente. Y ya, anticipando las vacaciones, se ve a las pequeñas colegialas con trenzas jugando a la comba, pero una comba que no es aún «revolucionaria ni filosófica».

H. P.



Muchos extranjeros en Alemania deben de haber oído más de una vez esta pregunta simple: «¿Y entre ustedes se celebra la Navidad?»

Cierta persona con cierta cultura, adelantándose a la respuesta, diciéndoselo todo ella misma argumentaba: «Yo pienso que siendo España tan católica, debe también celebrar la Navidad.» El alemán típico, aun admitiendo que la Navidad no es cosa exclusivamente alemana, difícilmente se dejará convencer de que la Navidad típica no es precisamente la suya. Y tiene razón. La Navidad alemana es de un tipismo y unas características especiales. El español que en estos días tenga que pasear por ciudades o pueblos alemanes la nostalgia de sus propias fiestas navideñas, nota en seguida rasgos propios en la celebración alemana de la Navidad.

RASGOS EXTERNOS Y SOCIALES

En un centro estudiantil internacional, representantes de varias naciones han descrito durante una velada literaria la manera propia de cada país en la celebración de las presentes fiestas. Ha hablado un estudiante norteamericano, un francés, un español y varios de otras nacionalidades. Todos han cedido voluntariamente a los alemanes la palma de la conmemoración externa y social de las fiestas navideñas. «Esta preparación de semanas y semanas antes de la Nochebuena, es desde luego, desconocida entre nosotros», dijo el francés.

Yo creo que debe de ser desconocida en todos los países. Acaso va esta manera en el mismo modo de ser del alemán. En casi todo es reiterativo. Un filósofo germano reitera por activa y por pasiva sus teorías en la misma página. Un Carnaval a la alemana empieza el día 11 del mes, a las once y once minutos, y, naturalmente, hasta el último día de Carnestolendas tiene tiempo de reiterarse en todas las bufonadas y hasta de hacerse pesado para los que no estén aún empapados en el humor alemán. Con la Navidad resulta algo semejante. Empiezan los preparativos pa en la segunda quincena de noviembre. Aparecen primeramente las coronas de Adviento en el abeto clásico, adornadas de cintas y cuajadas de luces. Grandes coronas encendidas sobre plazas y calles. Otras menores a la entrada de las tiendas, en las estaciones, restaurantes, edificios oficiales, etc., y un enguirnaldamiento con ramas de abeto y miles de luces fingen sobre pueblos y ciudades constelaciones que quieren recordar la estrella de Belén. En todas las mesas de los establecimientos públicos en los mostradores de los despacho, en café y cervecerías lucen las coronas de Adviente precursoras del árbol de Navidad. Este empieza a surgir ya en la primera decena de diciembre, y en las vísperas de Nochebuena es impresionante el paisaje forestal cuajado de luces y de estrellas en que se convierten ciudades y aldeas. En todas las plazas y en todas las esquinas, en las estaciones de gasolina y delante de los almacenes, Ministerios y hoteles, en todo lugar estratégico para el efecto óptico de la repoblación forestal del abeto mítico, se levanta un árbol de Navidad lleno de bombillas y de plata, a una altura muchas veces superior a la de los edificios. En la obscuridad nocturna o entre la bruma invernal, que aun de día casi se cristaliza en hielo, la visión de estos árboles de luces polícromas, que arden hasta sobre las torres enhiestas de los viejos castillos renanos, es de un efecto fascinante. La Navidad alemana convierte las ciudades en un paisaje encantado. A esta exteriorización corresponde una conmemoración de carácter social y colectivo que tampoco es usual en otros países. En todos los centros de trabajo se celebra una «Navidad de empresa». Por cierto que, según una encuesta, a la mayor parte de los alemanes les parece absurda esta celebración. Casi ninguno encuentra bien que precisamente en estas fechas el padre, la madre o la hija se vayan, cada uno por su espigón, a celebrar la Navidad con sus compañeros de trabajo. Casi todos piden que se suprima esta costumbre.

LA ATMOSFERA CRISTIANA DE LA NAVIDAD

El extranjero que vive la «Navidad germana» puede pensar acaso que en su propio país la conmemoración no es tan ostentosa ni mucho menos tan larga. Si el fervor navideño pudiera medirse por toneladas de leña izadas como árboles de Navidad o por kilovatios hora para iluminarlos, no dudo de que la Navidad germana sería la más fervorosa. Pero no es a esas medidas a las que hay que acudir para apreciar al atmósfera cristiana de las fiestas navideñas de los alemanes.

NAVIDAD

FESTIVIDAD DEL MUNDO

Más que el paisaje de abetos con miles de lucecitas de todos los colores, y más que el coro de niños tras el cristal con grandes copos de nieve que cantan: «¡Oh abeto, oh abeto, siempre estás verde, en verano y en invierno!», conmueve otra estampa de la Navidad en Alemania. La de esos nacimientos de madera, creación clásica de la Selva Negra, uno de los cuales tenía Su Santidad el Papa Pío XII desde que estuvo de nuncio en Munich, y el canto de «Heilige Nacht...» («Noche santa, noche silente; todo duerme, sólo una Doncella vela...»)

Aquí no hay mezcolanzas. Aquí no vale la explicación pagana: «Al llegar el solsticio de invierno, los antiguos germanos, creyendo que el acortarse los días significaba que venían las tinieblas del fin del mundo, hacían fuego en los bosques e izaban antorchas sobre los árboles para combatir las sombras y aplacar al dios Wotan.»

Hace unos años aún he oído llamar a estas fiestas conmemoración del solsticio de invierno, y aún eran, para ciertos neopaganos, los árboles de Navidad el mismo símbolo de los antiguos germanos.

El alemán tiene razón al considerar su Navidad como algo típico. Es distinta que la de otros países, aunque todas se parezcan en lo esencial. Entre los alemanes se adelanta muchas semanas y termina con el primer día del Año Nuevo. En esto se parece también al de casi todos los países.

El español que explicó en la velada internacional la Navidad española, se detuvo en una magnífica descripción de la festividad de los Reyes, con la que entre nosotros termina el ciclo navideño. Es verdad que nosotros sólo de oídas conocemos esos personajes sin perfil sagrado de lo «Papá Noel», que baja por la chimenea; de «Santa Claus», que viene con cuádriga de renos del Polo Norte; del «Weihnachtsmann», que trae juguetes y un zurriago para los niños alemanes. Pero los niños españoles conocen los magos del Evangelio. Y gracias a ellos, niños y mayores tenemos la fiesta de los reyes, divino estrambote en el poema de la Navidad española.

C. T.

La Navidad japonesa (un producto de la posguerra) es un gigantesco carnaval y al mismo tiempo una especie de feria. El día 1 de año continúa siendo, por el contrario, lo que él ha hecho una tradición varias veces centenaria; es decir, algo así como la Pascua hebrea mezclada con un cierto coloreado panteísmo.

La primera de esas dos fiestas ni siquiera tiene un nombre nipón; se la llama, como en inglés «Christmas», y para los millones de japoneses de las ciudades que la celebran tienen un sentido semejante al de las Saturnales en la Roma antigua. La Navidad japonesa sólo dura unas pocas horas. Desde las seis de la tarde del 24 de diciembre, la muchedumbre se dirige a los tres o cuatro barrios de Tokio donde están amontonados, bajo la luz cegadora del neón, los cafés y los cines.

Pronto, la marea humana crece en tales proporciones que calles enteras quedan bloqueadas. Toda esa muchedumbre de empleados, de amas de casa apenas endomingadas y de niños a los que se ha querido enseñar las luces de la ciudad, camina pacientemente durante horas y horas mirando escaparates e impregnándose del ruido que procede de docenas de altavoces en los que dominan los acentos de «Holy Night» o «Jinglo Bells». Una jarra de cerveza para los hombres y un helado de crema o unas pastas para la familia marcarán el momento más interesante de la noche.

MODAS

Casadesús

Rambla de Canaletas, 123 - Tel. 221 43 26

BARCELONA-2

EL AÑO NUEVO

Pero tan ridículo sería para un nipón hacer un paralelo entre la Navidad y el Año Nuevo, como para un europeo comparar Pascuas con el Día de San Valentín. En el Año Nuevo, el japonés olvida todo lo que ha tomado de la civilización occidental para volver a sus tradiciones milenarias: es la fiesta japonesa por excelencia; es decir, al mismo tiempo religiosa, familiar y nacional, y que debe celebrarse con tranquilidad y dignidad. La fiebre de compras que se apodera de la nación entera durante todo el mes de diciembre tiene su origen en el deseo de cada uno, por pobre que sea, de renovarse un poco con motivo del año que comienza. Después de una gran limpieza (que recuerda las purificaciones de otros tiempos), incluso las amas de casa que no posean medios suficientes para cambiar su decoración modificarán la disposición de sus muebles para hacerse la ilusión de que comienzan una nueva etapa.

GESTOS CONVENCIONALES

Más tarde, la víspera del gran día, los gestos de todos comienzan a obedecer a una infinidad de convenciones cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos. Primeramente tiene lugar una sobria comida de fideos (la sobriedad dominará toda la fiesta) que prepara a la peregrinación, el primer acto del Año Nuevo. Compuesta por centenares de millares de personas, la misma muchedumbre que una semana antes recorrió los bulevares, invade ahora los parques de los grandes templos sintoístas para esperar en ellas el nacimiento del nuevo día. De pagoda en pagoda, los gongs budistas expulsan a los 108 malos legendarios que atormentaron a los hombres durante los meses del año que ha pasado.

CIUDAD MUERTA

Con excepción de las inmediaciones de los templos, la ciudad está realmente muerta durante todo ese día, que se pasa en el interior de los hogares en conversaciones interminables, o jugando a los divertimientos tradicionales, tales como el juego del volante o las cartas. En efecto, es preciso decirlo: para millones de japoneses, que no conocen otra clase de vacaciones, el día de Año Nuevo constituye un reposo que han ganado duramente. Nada vendrá a turbar en esa fecha la atmósfera de «niponismo» que envuelve a la nación entera: todos los japoneses renuncian por un día al traje occidental, e incluso el beisbol cede su lugar al tradicional juego del volante que tanto valoriza la gracia del quimono de las muchachas. En la Radio únicamente se escuchan las notas agudas de la música japonesa de corte clásico, y el teatro no invade las pantallas de la TV.

EL DIA 2

Después de los dioses y la familia, el japonés se ocupa, el día 2 de enero, de festejar el nuevo año en el plano nacional y social. Primeramente se dirige al palacio imperial para saludar, por medio de leales «¡Benzai!», la aparición de la familia del emperador. Después, esta vez vestido con frac, hace antecámara en casa de sus superiores o de su patrón para recomendarse a su benevolencia. En todos sitios, el japonés comerá los mismos pasteles de arroz viscoso acompañados de un té verde, muy espeso. Después, a partir del día 3, los camiones adornados con guirnaldas anunciarán la reanudación de una rutina implacable que para muchos no se interrumpirá a lo largo de todo un año.

M. C.

Todo quieto. Esto es lo primero que noto al contemplar las Navidades inglesas, aunque en todas partes las Navidades estén hechas de paz y mi prisma de periodista quizá cuente en demasía.

Pero lo segundo que se me ocurre es que las Navidades son tan íntimas, que mejor que intentar asomarse a todas las chimeneas, más me vale —con previo permiso y guardando toda esa intimidad que hay que guardar— en el hogar donde el año pasado viví mis Navidades inglesas.

Muchos se quedan en las ciudades, no pocos trabajan hasta el día 24: lo mejor de este país es irse al campo, y pronto. Y así lo pude hacer y así lo hice.

Sussex, sudeste de Londres, el mar cerca. Paisaje suave, y muy verde, menos cuando la nieve cae, como el año pasado. Casa de campo cerca de un pueblo importante. El señor se dedica a la literatura, la señora le ayuda, sus hijos, jóvenes, acaban los estudios o ya trabajan. Londres ha quedado atrás: estamos en Navidades.

AMBIENTE DE FAMILIA

Se dice que los ingleses son muy reservados, pero esto no quiere decir que las puertas queden cerradas; al contrario. Quizá por saber que hay unos límites que siempre se respetarán, la amistad, si no muy cercana, se hace más fácil. De todos modos, en la casa a que fui invitado, conociéndoles bien pero no desde hacía mucho tiempo, fui acogido, durante estos días tan familiares, como uno de la familia; y así, no dudaban en pedir que les hiciese tal cosa o tal otra, lo mismo retirar una mesa que descorchar una botella.

Antes de que llegase el momento, el 25 por la mañana, en que toda Inglaterra pronuncia: «Felices Navidades», pasamos las vísperas haciendo preparativos, dando y acudiendo a «cocktails» de los amigos de las cercanías.

NAVIDAD
FESTIVIDAD DEL MUNDO

Los «christmas cards» ya se habían, por supuesto, enviado y recibido.

Aquí no se celebra demasiado la noche del 24. Cada uno, según sus creencias, asiste a sus oficios religiosos o no participa en ninguno. Y después, casi nada: nosotros fuimos a tomar unos pasteles y unas copas a la casa de la novia de uno de los chicos de la familia que me invitaba.

LA SORPRESA DEL REGALO

Y ya estamos en el 25 por la mañana. La hora de levantarse suena bastante más pronto que en España, y no sólo por haberse acostado más temprano; también esperan los regalos. Porque lo que es España, sobre todo en Reyes, aquí es el árbol del 25, y los regalos a su alrededor, cuidadosamente envueltos. Sorpresa (el secreto se lleva muy seriamente en estas tierras), alegría, mutuo agradecimiento, mutuas manifestaciones de cariño. Todo sin desbordarse, respetando una cierta timidez. Naturalmente, quise mostrarme particularmente generoso, pero me fui con una maleta tan llena como la que traje.

En Inglaterra las cosas se toman con tiempo. Desde noviembre, al menos, se compra: pero desde mucho antes se ahorra. Cuando han pasado las Navidades, los momentos son tan difíciles como en todas partes.

«Todo el mundo a la mesa», la frase, dicha y pronunciada de uno u otro modo, es igual en todas partes. Sí, «Todo el mundo a la mesa» en la comida de cada familia inglesa, cada una introduce su gusto o su imaginación, nunca puede faltar el más tradicional «christmas pudding», antes de este postre, el pavo, y para comenzar nosotros tomamos fiambres, que también es muy usual. Tanto la comida, como el acento en el 25, me recuerda más Barcelona que Madrid. El alcohol no falta en estos días. Aunque el champaña no tiene la significación que se le da en España. Pero en la casa en que estaba invitado, bebimos de todo, desde Jerez a tal o cual cosecha de vino francés.

Después, levantados de la mesa, como toda Inglaterra, llegó el momento de las palabras de la reina y, luego, el himno. A través de la televisión o de la radio todos los ingleses se sienten unidos en torno a lo que representa y simboliza su soberana.

El «tea» de este día queda marcado por el no menos tradicional «christmas cake». Y ha oscurecido pero la melancolía se contiene: el 26 también es fiesta. El campo, los largos paseos a pesar del frío, las continuas visitas de amigos y a los amigos, los villancicos, los regalos y regalos de todos y a todos, el significado de las Navidades, la unión familiar, la felicidad y la paz de estos días... y ya hay que despedirse, sin que aquí casi se celebre el Año Nuevo, ni se den «los Reyes». Las Navidades habían terminado y uno tras otro regresamos a Londres.

Pero ya estamos en las Navidades siguientes. Y todo vuelve a comenzar.

C. T.

Hace ya años me sorprendió uno de los rasgos de la celebración de la Navidad en Centroeuropa, al comparar el ambiente navideño de Viena con las normas tradicionales españolas. Se trata de lo que en alemán se denomina «Einkehr». Quizás el lector pueda fácilmente darse cuenta de lo que esta palabra significa oyendo sucesivamente primero uno de nuestros villancicos navideños típicos —catalán o andaluz, tanto da— y después el «Stille Nacht, hilige Nacht». La pandereta y los instrumentos de música ruidosa serían algo incomprensible durante estos días en Austria o Alemania. Las Navidades son aquí, indudablemente, fiestas de alegría, pero de una alegría callada, íntima, trascendente. «Einkehr» significa todo esto: recogimiento, silencio, tranquilidad.

La comparación entre estas dos formas de celebrar las fiestas de Navidad ha sido seguramente lo que ha impulsado la corresponsal de un periódico de Viena a minusvalorar nuestras formas españolas: para el señor Anton Dietrich, las Navidades pueden resumirse en España prácticamente en un opíparo y ruidoso banquetazo y en los turrones. No ha sabido o no ha querido ver que, quizá junto a algunas manifestaciones equívocas, un profundo sentido religioso, teológico casi diría asoma en los villancicos de cualquier región española.

Es un hecho que el ambiente es algo distinto en Austria. El clima, la geografía y la mentalidad han traído consigo estas diferencias. Pero ¿cómo celebran las Navidades los austríacos?

Se ha calculado que los vieneses necesitan cerca de medio millón de árboles de Navidad para sus casas. La gran mayoría han sido comprados en los puestos de venta instalados en el centro de la ciudad. Otros han sido cortados en el bosque. El árbol de Navidad debe ser un abeto. Sólo en el abeto se mantienen las agujas firmes sobre las ramas. Pero hoy día se va haciendo difícil encontrar en los mercados auténticos abetos. Lo que más abunda son los pinos abetos. Antes de la primera guerra mundial casi todos los vieneses tenían árboles de Navidad, en Moravia existían semilleros especiales para el consumo de la capital del Imperio. En diciembre eran llevados en masa a Viena y después los que habían quedado se quemaban en las calles.

En realidad ha habido motivos para recordar que se acercaba Navidad. Hay varias costumbres que se conservan a través de los años: una de ellas es la del «Advenkranz» (corona de Adviento), que desde un mes antes recuerda la proximidad del 25 de diciembre. Es un uso muy enraizado en la tradición y ligado a la liturgia: durante una velada familiar cada domingo de Adviento se enciende una de las cuatro

velas de la corona hecha con ramas de abeto. La última vela coincide con el último domingo antes de Navidad. Estos días tienen un carácter eminentemente familiar. Durante la cena anterior a la misa de medianoche se reparten los regalos que el «Christkind» (Niño Jesús) ha dejado en el árbol. La carta que los niños españoles suelen escribir a los Reyes Magos es sustituida aquí por la que los pequeños mandan al «Christkind». Poca gente pasa por las calles durante la hora de la cena anterior a la misma noche de Navidad. En las casas la mesa ha sido preparada especialmente: la cena es sencilla y recuerda que aún nos encontramos en vísperas de un gran acontecimiento. Un plato de sopa de pescado y un pescado clásico —carpas— especialmente preparado.

El día de Navidad cada comensal tiene una vela delante del plato: el padre tiene la mayor; la madre un poco más pequeña y va disminuyendo de tamaño en los hijos, conforme a la edad. Las canciones navideñas no pueden faltar junto al árbol y a la cueva de Belén.

Así se ha hecho famosa en todo el mundo la canción que he mencionado al principio de la crónica. Su origen se remonta a principios del siglo pasado a un pueblo del valle salzburgués del Ziler. Ahora todos los años el pueblo de Wagrain rinde homenaje a Francisco Javier Gruber, el compositor que fue director de orquesta en la catedral de Salzburgo, y al vicario Mohr, autor del texto.

Frente al Ayuntamiento de Viena se encuentra un gigantesco abeto trasladado solemnemente desde Carintia a la capital federal. Es un regalo que hace todos los años el Gobierno de una región federal a la catedral del país.

Con «Stille Nacht»... como música de fondo, Austria se dispone a celebrar sus Navidades.

Por las calles, dentro de los coches, se han adivinado antes de Navidad las siluetas de un abeto, de un pino o de un abeto rojo: acababan de ser comprados o cogidos en algún bosque cercano. Y en todos los oídos resuenan las palabras de la canción que se hizo famosa en todo el mundo.

R. E.

Cuando el español, o el europeo, en general, cruza el charco hacia América, viene en busca de muchas cosas. O de algunas pocas, muy importantes: la oportunidad, la fortuna, la aventura... o el olvido para pasados errores o desgraciadas contingencias. No ignora, sin embargo, que tras de sí deja otras no menos importantes: la familia, los amigos, el terruño comarcal o la patria grande; las costumbres y la tradición.

Pero el hombre, como dijo —y tantas veces se ha repetido— Ortega, es él y su circunstancia. Lo que aquí rodea lo que aquí circunda al emigrante, sea de la clase social que fuere (no todos son de tercera), termina influyendo en él. Aunque él, por su parte, trate de influir en «su circunstancia».

Por eso el europeo en América procura aferrarse a sus costumbres vernáculas, a su tradición. Sea recién llegado, o hijo del país en segunda o cuarta generación, que para el caso da lo mismo. Por esta razón la tradición de las fiestas navideñas se conserva y se cultiva aquí, pero desvaída y múltiple como corresponde a gentes de diversas estirpes y procedencias. El árbol de Navidad, alterna con los «nacimientos»; Papá Noël, con su blanca barba nórdica escarchada de rocíos. con los Reyes Magos de Oriente; las coronas de muérdago cuelgan de las puertas ante las cuales la alegre chiquillería alborota con villancicos de la más pura estirpe hispánica; el turrón y las peladillas en las casas de origen español tienen su contrapunto con las «pizzas» y el pan dulce genovés, en las de origen italiano. Todos los más típicos condumios y golosinas de heterogénea procedencia coexisten en la Navidad en pacífica y comunicatiba alegría, no exenta de nostalgia.

ECO DIFUMINADO

Pero la celebración íntima, familiar y recoleta que estas fiestas tienen en Europa, no se repite aquí. O tienen eco flojo y difuminado, porque el calendario juega una mala pasada, antípodas, como somos en materia de estaciones. En efecto, cuando en Europa es crudo invierno, aquí languidecemos en un sofocante y laxo verano. Cuando en los viejos países europeos los fríos invernales, quizá las nieves, recluyen a la familia en el sagrado recinto del hogar en torno a mesas bien abastecidas, o alrededor de la olla austera del campesino, el calor incita aquí a salir de casa, a celebrar la Nochebuena o la Nochevieja en restaurantes al aire libre, en clubs deportivos o sociales con sus mesas al fresco junto al río, o en medio de parques y jardines exuberantes. Invita, en una palabra, a huir del agobio canicular, aireando así unas fiestas cuya intimidad se abre a los amigos o, simplemente a los afines, llegando a celebrarse verdaderos banquetes con sinnúmero de comensales. Se mantienen, sin embargo, en torno a estas fechas, los platos típicos: el besugo, la coliflor, el bacalao, el pollo y, sobre todo, el pavo; ese «blanco de pavita» que es la enorme pechuga de un monstruoso pavo, perfectamente cortada y artísticamente habilitada sobre la carcasa del animal. No faltan tampoco el turrón ni las peladillas, alimentos calóricos impropios del verano. Ni la popular sidra que en Argentina se produce abundante y exquisita.

NAVIDAD
FESTIVIDAD DEL MUNDO

Los pastorcillos entregan sus humildes ofrendas a Jesús en el portal de Belén, momento en que estos pequeños actores han sabido interpretar de forma llena de realismo y de espiritualidad infantil.

UNAS FIESTAS CENTRIFUGAS

La Navidad en Europa es centrípeta: reúne, concentra, excluye a los extraños y convoca a toda la familia, a veces con acentos tribales o de clan. En esta parte de América ocurre lo contrario. Las fiestas de Navidad son centrífugas: arrojan, dispersan, por el calor, fuera de la casa a las familias, ampliando su ámbito a amigos, colegas o afines. Los restaurantes nocturnos, las fiestas sociales, los clubs convocan a próximos y remotos a la común alegría y celebración. Pero no nos engañemos. Tras de ellas late siempre una infinita nostalgia por los remotos lares y abolengos, por la infancia lejana, por aquellas que nos habían reunido con seres queridos que ya no existen. Como una finísima lluvia, como un orballo galaico, la Navidad de estas tierras destila tristeza sobre muchos corazones. Pero hay que reír, hay que brindar, hay que bailar; y se ríe, se brinda y se baila con la falsa alegría de las serpentinas y los confetis, de todo eso que se conoce con el nombre de alegría de cotillón, se termina con el **twist** o la **samba**, el pericón, el tango o el pasodoble. Porque estas fiestas están hechas, por partes iguales de nostalgias mal reprimidas, aturdimiento y frivolidad.

TODO SON REGALOS

Digamos que los argentinos son las personas más espléndidas y regaladoras del mundo. Por estas fechas todo son regalos. Cuelgan de los arbolitos de Navidad; nos los trae un supuesto Papá Noël; se deslizan bajo nuestra servilleta o nos sorprenden debajo de la almohada; todo son obsequios. Los padres a los hijos y viceversa, los clientes a sus médicos o abogados, los comerciantes a sus proveedores y al contrario, los burócratas a sus jefes, los empleados a sus patronos, en fin, hasta la dulce mucamita tucumana que parece que no mata una mosca, o la tosca cocinera catamarqueña que nos hace las deliciosas empanadillas se llegan tímidas en estos días con sus modestos pero encantadores regalitos para la patrona y para el «doctor». Porque aquí todos los señores son «doctores» para ellas, mientras no se demuestle lo contrario, y en algunos casos aunque se demuestre. Inútil resulta decir el complejo de ingratitud y desamor que crea al re-

ción llegado esta costumbre que tienen los argentinos de regalar todo y a todos.

Pero recordemos otra vez que los meses de diciembre y enero, corresponden, en América, a los de julio y agosto en Europa. Medio país está ya en los sitios de veraneo. En Mar del Plata, en primer lugar. Después vienen otras playas como Miramar, Necochea Pinamar, etcétera. O la gente ha saltado ya al Uruguay para pasar las fiestas en la aristocrática Punta del Este. O ha invadido las sierras de Córdoba o los lagos del Sur, en torno a Bariloche. Casi nadie se queda en su hogar, en su casa habitual.

Las playas están atiborradas de bañistas, las sierras pobladas de andinistas y en las estancias, con la gran familia rural, los señores, grandes terratenientes rodeados de sus capataces, puesteros y peones.

TURRON Y SIDRA
AL ESTILO ESPAÑOL

Sólo en el barrio Sur de Buenos Aires, la gran zona urbana, tradicional residencia de los españoles de clase media y modesta, sus habitantes se resisten a abandonar sus hogares hasta después de las fiestas. Se abren las ventanas y se ponen al máximo los ventiladores. Que entre el aire, pero que no se vaya la tradición. Los turrones hechos en el país por hábiles confiteros adiestrados por los turroneros españoles que durante los años de la guerra vinieron en emigración golondrina, no faltarán al final de la comida. Ni la sidra fabricada con las ricas manzanas del Río Negro que tiene marcas españolas, especialmente asturianas. Habrá besugo y bacalao. Y el jefe de familia, dominando la impaciencia de la gente joven que espera ir al baile o a la Misa del Gallo, hará un tímida alusión a la patria lejana. Quizá lea la carta o el telegrama de recuerdo que familiares del otro lado del mar envían por estas fechas. Y habrá que disimular una lágrima que asoma, empinando la copa de sidra para decir que las burbujas del falso champaña tienen la culpa de ese cosquillear de la voz...

Las fiestas navideñas de los argentinos son todo eso: aire libre, bullicio, extraversión, alegría, remedo sentimental de remotas costumbres. Y ganas de vivir y recomenzar bajo el pórtico en flor del año que se inicia.

Estas fiestas para el emigrante, son otra cosa. Son pura nostalgia y melancolía, ya lo hemos dicho. Pero no las describiremos demasiado porque por estos días todos los españoles somos en América un poco emigrantes. Emigrantes en todo lo que esta palabra tiene de lacerante e irremediable.

O. de M.

¡Hay que ver a Nueva York durante las Navidades! Ninguna otra época del año ofrece una estampa tan certera ni cabal. Por Navidad toda la ciudad participa de la efemérides cristiana. Ni una calle, ni una casa, ni un rincón siquiera, quedan ausentes de la conmemoración. Hasta las minorías más alejadas del misterio gozoso del nacimiento de Jesús respetan las horas de alergía en que la gente escucha, en la inmensa caracola del tiempo, los ecos más humanos. Como en todo el orbe, la Navidad neoyorquina está dedicada a la iglesia, al hogar, a la familia, a los amigos. Se enciende una hoguera de luz, «up and, down town», este y oeste, atravesando Central Park, bajo un cielo tan iluminado como los rascacielos que en su orilla montan la guardia silenciosa y altiva.

Largas semanas de preparación desembocan en este día único del año. Nueva York se ha vestido de gala, torero que espera la estocada de la tarde, con su traje de luces. La Quinta Avenida rivaliza con las demás calles ciudadanas, a ver cuál de ellas da más pinos y abetos, llenos de estrellas orientales, guiñan sus luces cuando atravesamos la acera. Las tiendas de lujo instalan en los escaparates dioramas navideños para anunciar el visón único, el paisaje alpino de la chinchilla, el collar de esmeraldas deslumbrantes.

Los ojos femeninos las miran, redondos como naranjas, copiando en la retina deliciosa el brillo mismo de las piedras.

La circulación se hace más densa, según avanza la hora matinal. Hay un aire de fiesta colectiva, como en un cuadro de costumbres de un lejano pintor flamenco. En los alrededores de San Patricio el gentío es inmenso. La catedral católica parece más bella que nunca, más discreta y segura de su verdad, perdida y ganada de nuevo entre los enormes edificios que la rodean. Sus puertas centrales se abren un instante para que veamos el interior reluciente, con el altar mayor hecho un ascua sagrada. Enfrente está el «Rockefeller Center», abierto bajo el cielo azul, uno de los centros urbanos más hermosos y cumplidos. Sobre él, el firmamento parece hoy más limpio y puro, como si el al alba los ángeles lo hubieran barrido con sus alas para que, a última hora, el sol cante su nostálgico adiós a la vida, acariciando los áticos suspendidos en el aire sutil desde donde sonríe Oberon.

El árbol de Navidad, lleno de faroles rojos, amarillos, verdes; de guirnaldas verdes, rojas, amarillas, se levanta en el fondo oteador de cumbres. Los padres llevan a sus hijos a que lo vean. Es una tradición que debe cumplirse fielmente, año tras año, generación tras generación. Los niños palmotean su contento, haciendo preguntas del «cómo» y del «porqué» del milagro navideño. Entremos, en «Saks». Ni un decorado alusivo como para una escolanía, canta ésta acompañada de un gran órgano, lanzando al aire can-

NAVIDAD
FESTIVIDAD DEL MUNDO

ciones breves y alegres, con ritmo dulce de villancico.

La ciudad entera está en la celebración de la fiesta religiosa. Los negros de Harlem, que cantan en sus parroquias «El Mesías», de Haendel; los orientales de ojos rasgados y andar menudo, que en el barrio chino, en Mott, Pell, Bayard Street publican peródicos extraordinarios que anuncian la buena nueva con algo de «collage» original y divertido; los alemanes rubios, los húngaros trigueños, los polacos de pelo ceniciento, que viven en Yorkvile y sus cercanías, oasis centroeuropeo, lleno de cervecerías; los italianos de Bulberry Street, de color de aceituna suspirando por su lejana Sicilia, con algo de aria de Mascagni; los irlandeses, con el trébol de la suerte abierto en sus solapas verdes; los griegos de la Octava Avenida, que exponen al aire libre sus mercancías alimenticias; los bohemios del Village, que llegan de todas partes y tal vez no vayan a ninguna. Nueva York es un tupido bosque de árboles navideños plantados en el corazón de diversas nacionalidades.

Los de Park Avenue trazan una línea recta refilejando sus luces en los soberbios edificios de cristal, espejos o lagos donde, nuevo narciso, la ciudad contempla su figura. Al anochecer se encienden las ventanas del rascacielos situado sobre la Estación Central, formando una cruz enorme, remate espectacular a los puntos suspensivos que engalanan la avenida fantástica.

En cada esquina, Santa Claus suena sus campanillas, llamando a la piedad de los transeúntes para que recuerden a los hermanos en Cristo que sufren. Todavía en «Times Square», en la confluencia de Broadway con la Séptima Avenida, un charlatán, Biblia en mano, increpa a la multitud para que se arrepienta de sus pecados, antes de que sea demasiado tarde. Un grupo del Ejército de Salvación, con violines llorosos, entona unas líneas del Evangelio. Pasan las riadas humanas, que atienden la danza luminosa anunciadora de los estrenos teatrales y cinematográficos, el espectáculo alegórico de la Navidad que nunca falta en el Radio City Music-Hall: el anuncio del fumador que lanza de continuo bocanadas de humo, como aros disolventes...; la serpentina moviente de luz que, desde el viejo edificio del «Times», informa de las últimas noticias.

El poderoso mundo de los negocios, en Nueva York, duerme en Navidad el sueño de los justos. Wall Street parece abandonado, solitario, como si los únicas acciones que se cotizaran fueran las del espíritu. Sus rascacielos enorms se ven tan sólo como mascarón de proa de este barco inmenso que es Manhattan, enfilando el camino, desde el Parque de la Batería, hacia la estatua de la Libertad. Se ven pasar algunos buques, Hudson o río Este abajo, bajo los puentes de Brooklyn, el de Williamsburg, el de Washington. Celebrarán la fiesta en alta mar. Sus banderas, gallardetes, ondulan los colores cuando cortan el viento, seguidos por somnolientas gaviotas, que parecen planear en el aire. Aupado sobre la ciudad en fiestas, el palo mayor de este gran transatlántico, el edificio del «Empire State», lanza desde sus alturas luminosas su «centinela alerta».

Hay una hora en que la ciudad se queda en silencio —un profundo, grave, misterioso silencio——. Se diría que la han cubierto con una de aquellas campanas de cristal que aparecían sobre las viejas cómodas caseras. Han enmudecido hasta las campanas de las iglesias católicas —San Ignacio, San José, San Francisco—. Campanas que repican a gloria al vencer al materialismo del siglo. Campanas que lanzan su eco de fe y esperanza sobre la gran ciudad.

En cada ventana hay una luz. Cada luz es el santo y seña de una reunión cordial, desde el barrio elegante de Sutton Pace hasta a miseria de los peores barrios.

Cuando tenemos unas Navidades blancas, Nueva York se echa encima su capa de armiño que cubre el Parque Central; los campos de deportes, sus barrios enteros, el Bronx, Queens, Richmond, Brookyln, Manhattan. Las estatuas de la ciudad, la de Peter Stuyvesant, la de Cornelius Vanberbilt, la del Colón español, la del Dante, encanecen en pocas horas, como si algo fundamental las hubiera trastornado. La Navidad neoyorquina cobra entonces un aspecto más íntimo, más familiar, más entrañable. Es como si viviéramos el cuento de Dickens que perfumó sutilmente nuestra infancia.

A. Z.

A lo largo de los siglos y a lo largo y anales de los espacios, celebra el mundo cristiano el misterio de la Navidad. El nacimiento de Jesús, el Redentor, situado en el mismo solsticio de invierno, viene simbólicamente a expresar el triunfo del sol sobre la noche, la iniciación de la victoria de la luz sobre las sombras, de la alegría sobre el infortunio, de la gracia sobre el pecado de origen. Cada pueblo, cada nación, con los recursos de su lenguaje, de su arte y de su fe, ha ido tejiendo en torno de la Navidad una urdimbre de manifestaciones populares que acrecen el caudal de su cultura poético-religiosa porque la misma religión pide prestado a la poesía lo que el solo entendimiento no acertaría a comprender. De ahí el valor espiritual de los símbolos, que nos acercan a la divinidad.

La Navidad de España, aparte las variantes locales, tan ricas, en estilos y formas, consta de tres indefectibles elementos en todo el país: el villancico el belén y los Reyes Magos. Los tres elementos gozan de un asentimiento popular que ha trascendido al arte y a la literatura, porque ellos reflejan con su espontaneidad antigua el fondo humano de belleza para re-

presentar y celebrar un misterio divino.

El villancico, que hasta en su etimología declara su primitivo origen rústico, es nuestra canción de Navidad por excelencia. El pueblo lo canta y danza al son de los más variados y primitivos instrumentos, como la zampoña, la flauta, el tamboril, el pandero, la vihuela, las castañuelas, los platillos. El villancico consta, pues, de letra y música: cuando ambas son antiguas suele tener un encanto indecible. Nuestros musicólogos han logrado agavillar una frondosa riqueza folklórica sobre el villancico. Cada región española los tiene distintos, según su carácter y sentido artísticos y todos poseen una fuerza singular de expresión de los más sencillos efectos de ternura y gracia. En algunos rincones de España, como en el pueblecito madrileño de Braojos, en plena Sierra de Guadarrama, los pastores de ganados con sus zamarras, cayados y calzones cortos, cantan y danzan por tradición inmemorial en la iglesia durante la misa del gallo; es una emotiva danza espectacular con pantomima y estribillos de tornada, en la que ofrecen un cordero vivo al Niño Dios, en el regazo de la Virgen, representada por una zagala del lugar, gentilmente ataviada. Recuérdese cómo Cervantes en «La gitanilla» trae un romance que, a manera de villancico, hace cantar y bailar a su protagonista en la iglesia ante la imagen de Santa Ana al son de unas castañuelas. El villancico, pues entra a formar parte de nuestra gran literatura de los Siglos de Oro, cultivado por nuestros poetas. El más insigne y genial de todos, Lope de Vega, une a la selva de sus obras, una en prosa titulada «Los pastores de Belén», donde a cada paso intercala los más hermosos villancicos en forma de romances y letrillas.

El segundo elemento esencial de nuestra Navidad es el belén o nacimiento. Por todas partes, en ciudades, villas y aldeas, queda el belén montado en un rincón bien visible del hogar. No hay árbol de Navidad que iguale en belleza emotiva y simbólica a esa representación plástica, con figurillas de barro, del pasaje de Belén, presidido por el Portal o Establo, con el musgo, las montañas de corcho el cristal, para el río, las casitas de cartón, las figurillas rurales, las ovejas los senderos de arena. ¿Fue el sublime San Francisco de Asís el creador del belén? Sábese que el santo realizó un nacimiento viviente en el pueblecito italiano de Greccio; y que en Nápoles se construyó en 1478 el primer belén de figurillas. Nuestro Carlos III, rey de Nápoles antes de serlo de España, fue un gran impulsor y propagador de los nacimientos artísticos, que hoy en algunas ciudades cobran una auténtica categoría estética, merced a las sociedades de belenistas, parroquias, centros religiosos y Ayuntamientos, que realizan una loable campaña en pro de esta forma de arte y devoción populares tan arraigada en la tradición española.

Y por último, el tercer elemento —este sí que de todo punto indefectible— de la Navidad española, son los Reyes Magos. Los Reyes Magos constituyen la creación más bella para la fantasía infantil. Son los tres Reyes Magos Melchor, Gaspar y Baltasar —representados también en el nacimiento— que caminan a Belén para adorar al Niño, a quien ofrecen sus dones. «Y hacia Belén la caravana pasa...» escribió bellamente Rubén Darío. Por una feliz y antiquísima transposición, los Reyes Magos son los que llevan también regalos y juguetes a los niños de España. El niño español cree en los Reyes Magos, en su presencia invisible, con una ilusión invulnerable. La noche de Reyes es algo inefable con sólo que recordemos nuestra ya remota experiencia infantil. iNngún «Papá Noel» colado por la chimenea, con sus blancas barbas ateridas de frío resiste la comparación con esa escala mágica de los Reyes Magos, tendida a los balcones y ventanas para dejar sus juguetes a los niños, después de haber recorrido en vistosísimas cabalgatas con músicas las calles de la ciudad. Tan fuerte es esta tradición española por los Reyes Magos, que una de las más antiguas obras de nuestro primitivo teatro medieval es precisamente el «Auto de los Reyes Magos», según el incompleto manuscrito hallado en la catedral de Toledo y que data de finales del siglo XII.

Con estos tres elementos apoyados en las tres fiestas principales de la Nochebuena, Nochevieja y Reyes, la Navidad española, a la que no faltan los otros aditamentos —la parte sensual a que antes me refería— del pavo los mazapanes y los turrones compone su estilo singular, eminentemente hogareño, con el recuerlo piadoso a los ya idos y las esperanzas en lo porvenir. Porque, a pesar de todo, sobre este mundo viejo brilla todavía la estrella de Belén entre los cánticos de gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad.

L. M.

FIGURAS Y BELENES

Con la tradicional feria de belenes inaugurada en los alrededores de la Catedral, queda abierto el período de las grandes fiestas navideñas que se acercan y de las cuales esas figurillas son la embajada. En su algarabía multicolor, ingenua y sentimental, va unido el recuerdo de viejas costumbres hogareñas, de historias y leyendas que cada año toman cuerpo de cosa efectiva y real en el sentimiento de todos. Porque todos hemos sentido también la ilusión de un belén —por construirlo o por admirarlo—, en donde se cristaliza el sentido profundo de la gran solemnidad. Belén, palabra mágica que despierta en las mentes infantiles un mundo de ilusiones y de sorpresas insospechadas; palabra que aviva en nuestro corazón la remembranza siempre dulce de los años lejanos.

Fue en la santa cueva de Greccio, en 1223, donde se interpretó plásticamente por vez primera el Nacimiento del Señor. Deseoso San Francisco de Asís de conmemorar visiblemente la llegada del Mesías en el humilde establo de Belén, instala en un recodo de la caverna —roca viva santificada— un altar, y entre ramajes y flores, por él mismo escogidos, coloca las tres imágenes símbolo de la sagrada festividad. La cueva es iluminada por antorchas, y el contraste de luz y sombras que juguetean con la configuración de la gruta dan al recinto un conjunto fantástico.

La noticia del belén se esparce rápidamente por el pueblo de Greccio, y, al caer de la tarde, como nuevos peregrinos, todos acuden a la santa cueva para adorar al Redentor en una conmovedora evocación. Y en medio de un sentimiento contenido, de una fe pura y cristalina, aquellas buenas

La contemplación de un Nacimiento por los niños es algo emocionante, por cuanto nos retrotrae a todos a escenas lejanas de que también fuimos protagonistas, cuando nos pudimos enfrentar al Misterio con gran ternura y absoluta prueba de corazón.

gentes rodean al santo varón para unir sus voces —emoción salida del alma— y entonan todos juntos el cántico de los ángeles: «Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra entre los hombres de buena voluntad.»

●

España, católica y ferviente entusiasta de las costumbres hogareñas que hacían más bella y atrayente la vida familiar, se aficionó con cariño a la costumbre de representar plásticamente la solemne festividad del Nacimiento del Señor.

En Barcelona, la afición a los belenes se extendió por todas las clases sociales, de cuyo hecho tenemos un buen testimonio en los recuerdos de don Rafael de Amat Cortada, que recoge observaciones de «cosas vistas y vividas» entre los años 1777 y 1815; aparte de las noticias publicadas en el «Diario de Barcelona» sobre Exposiciones de belenes, ferias y ventas de figurillas, y escultores especializados; recuerdos y noticias que forman una verdadera historia anecdótica de nuestra ciudad.

Con objeto de recaudar fondos para la construcción del Paseo de Gracia, en diciembre de 1825 se instaló un belén en la calle de Obradors, con cuyo motivo el «Diario de Barcelona» dio una amplia reseña histórica sobre el particular. Podrían citarse muchas referencias de belenes que lograron gran celebridad, algunos de los cuales se presentaban como espectáculos públicos. En 1779, un italiano, llamado Parodi, instaló un belén en la Rambla de Santa Mónica, con figuras movibles y parlantes. En diciembre de 1803 se publicó una nota que decía: «... En la Cofradía de los maestros zapateros, frente a las escaleras de la Catedral, se enseñará un Nacimiento de figuras movedizas, cuya función durará una hora y media, poco más o menos. Se pagará de entrada un real de vellón por persona; la pieza estará bien iluminada y adornada y habrá asientos. Se empezará a las cinco de la tarde.»

Entre los belenes de particulares que alcanzaron más renombre en su tiempo fue el del juez don Antonio Francisco Tudó, de cuyo hecho recogemos la siguiente reseña anotada por don Rafael Amat de Cortada, en un manuscrito de 1797:

«... Por la noche, con motivo del muy vistoso y curioso belén, hubo en casa del señor juez don Antonio Francisco Tudó, en la calle de la Puertaferrisa, frente a la del Bot, concurridísimo visitón de señoras y caballeros de toda clase, mayormente de la militar, recibiendo la señora María Ana Tudó y Dusay... El principal objeto era el primoroso belén en un proporcionado aposento del lado de la calle, adornado con telas pintadas y tres o cuatro arañas de cristal con aceite y pábilos que resplandecían en gran manera delante del belén, el cual ocupaba la otra mitad del aposento.» Y en otro lugar dice: «... Con motivo de tan curioso belén, el mejor de Barcelona, hubo pues, un gran visitón en dicha casa y confusión de coches en la calle; dentro y fuera de la casa Tudó, bien puedo decir que todo era una Babilonia. El buen señor juez, dueño de la casa y autor del maravilloso belén, hacía los honores muy complacido, mostrándolo a todos con sumo placer, y para contemplarlo mejor les dejaba gemelos de teatro para que así pudieran descubrir los primores que con tanta profusión ofrecía el Nacimiento.»

La afición popular a los belenes se vio favorecida desde un principio por la aportación de los más celebrados artistas de cada época, que con sus maravillosas figurillas alcanzaron gran renombre. De todos son conocidos los nombres de Ramón Amadeu, Pujol, Talarn, Masdeu, Juvé, Resino y muchos otros que, juntamente con numerosos artesanos de hondo sentido artístico, también contribuyeron con su arte y con su entusiasmo a arraigar en el alma del pueblo la costumbre de construir belenes en la sagrada festividad navideña, llegando en los primeros años del siglo XIX a que tan loable afición se adentrara hasta en los más humildes hogares.

La necesidad de recoger en un organismo consultivo las iniciativas privadas sobre la colocación y la mejor adaptación de los belenes, así como también difundir los secretos de la escenografía al mismo tiempo que dar cauce al sentido artístico popular, motivó la fundación de una Sociedad de Pesebristas, en 1863. Agrupación que, después de diversos cambios y modificaciones, aún persiste en nuestros días, habiendo sido siempre el fundamento y guía de todos los aficionados, ayudando en gran manera al reflorecimiento de tan plausible costumbre en los últimos años.

Y como final, amigo lector, sólo me resta decirte que, en la noche de Navidad, cuando contemples el belén de tu casa, o simplemente pienses en el hondo significado que aquella hora tiene para toda la Cristiandad —más aún en estos años turbulentos que agitan al Mundo—, no olvides de recogerte en ti mismo, como hicieron los pastores de Greccio hace setecientos años, y, al igual que ellos también, conjugues como una oración el cántico de los ángeles: «Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra entre los hombres de buena voluntad.»

EN EL X SALON DE LA CONFECCION

Dos aspectos sobresalientes de este magnífico certamen que ha tenido lugar en Barcelona: En el primero, la visita al mismo de los Príncipes de España, junto, con el desfile de modelos — en la parte inferior — que obtuvo un rotundo éxito.

UN NUEVO PEINADO

Como avance de lo que van a ser los nuevos estilos de Primavera, CEBADO lanza un nuevo peinado, el primero del año 1971.

●

Un corte de cabello de depurada técnica y una línea joven y atrevida son sus principales características.

●

Si este peinado se tuviera que definir dentro de un estilo, cabría perfectamente dentro del **GARÇONNE-71**, si bien un GARÇONNE de atrevidísimo corte que pone en valor toda la técnica del peluquero.

●

Los movimientos ondeantes de las capas superiores le dan una gran movilidad, base ésta de todos los peinados que actualmente acepta la mujer.

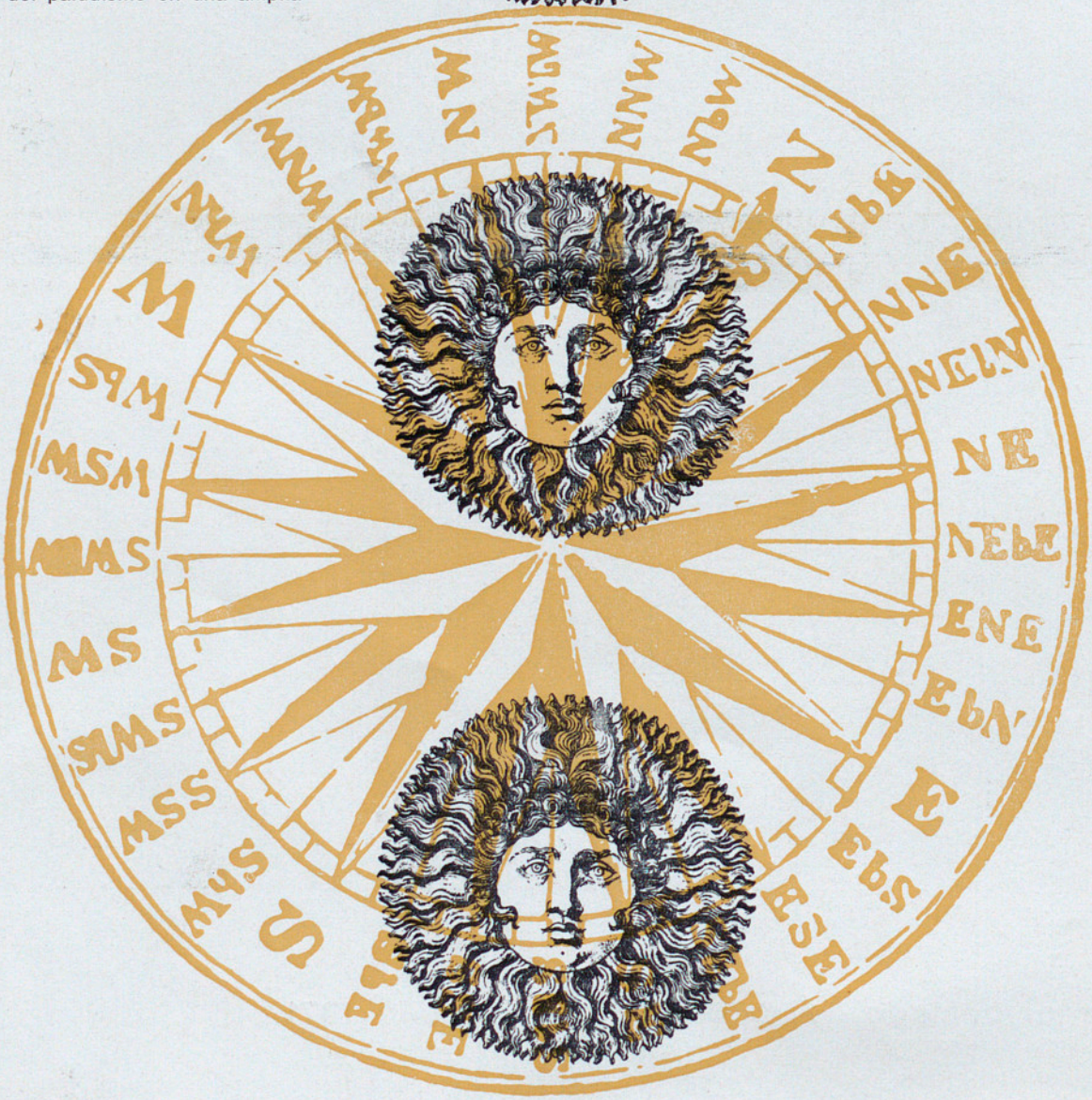
El primer peinado de CEBADO para el año 1971

Castelldefels playa ideal

No es un secreto para nadie el que Castelldefels — a 18 kilómetros de Barcelona — es una de las mejores playas mediterráneas, pero lo que sí muchos ignoran es que, tratandose de un lugar de belleza tan intensa, hasta fecha relativamente reciente no había sido "descubierto" por el gran turismo.

Ha contribuido poderosamente a crear el clima propicio para que la playa de Castelldefels fuera conocida y apreciada por propios y extraños, una benemérita empresa, que convirtió lo que era un litoral despoblado, casi desconocido y hasta insaluble, en una de las concentraciones urbanizadas de mayor solera del litoral mediterráneo catalán, saneando enormes extensiones de terrenos semi-pantanosos inmediatos a la playa, con lo que terminó la amenaza del paludismo en una amplia zona, creando una grandiosa urbanización en el lugar conocido por "Las Tallarinas", que en la actualidad comprende espléndidos chalets, hoteles, restaurantes, casas residenciales, en una palabra, cuanto puede ambicionar el más exigente excursionista, turista o veraneante fijo.

Luchó denodadamente esta sociedad porque Barcelona conociera la realidad magnífica que tenía a su alcance con la playa de Castelldefels, y su tenacidad y amor por tan bellos parajes, no tardó en dar su fruto, siendo hoy en día las urbanizaciones patrocinadas por la misma de las mejores y más prósperas de la localidad y contribuyendo, como nadie, a que el nombre de Castelldefels dejara de constituir una entelequia lejana y enfermiza para convertirse en una de las mejores playas del litoral, que por su gran proximidad a la capital, puede considerarse como "la verdadera playa de Barcelona".



De San Nicolás a Santa Claus

Esta tradición, que llena de encantos el corazón de los niños, por creer que es el anciano venerable de larga barba blanca quien les regala los juguetes que reciben de una manera misteriosa en la Nochebuena, tuvo su origen allá por los siglos once y doce de nuestra era. Con el nombre de Santa Claus, abreviatura de San Nicolás, este personaje empezó a visitar los hogares por el norte de Europa en la noche en que se rememora el nacimiento de Cristo. Algunos autores aseguran que fue en Suecia donde hizo su aparición llevando juguetes y alegría a los hogares en la noche memorable. En el siglo XV ya había invadido Dinamarca, Alemania y Rusia, tomando a partir de allí carta de ciudadanía mundial. Desde entonces es esperado en todos los hogares la noche de Navidad con gran alegría de la niñez candorosa y crédula.

Sería difícil contestar por qué se ha elegido a este santo para ejercer este papel de benefactor de la niñez.

De todos los personajes que han pasado a la historia, San Nicolás es uno de los que menos se sabe. Los únicos datos que se tienen de su vida son que fue obispo de la ciudad de Myra, en la región de Licia, Asia Menor. Nada se sabe en concreto del lugar de su nacimiento, nada con respecto a su niñez y juventud. Los datos que se tienen de su vida abarcan desde su exaltación al obispado hasta su muerte. Algunos historiadores afirman que nació en Parara, Asia menor. Consagrado a la vida religiosa, hizo un viaje a Egipto y Palestina, al regreso del cual fue elegido por el pueblo, según costumbre de la época, para que ocupase la sede episcopal de Myra.

De entonces parte el origen de la leyenda que lo presenta como bienhechor de la niñez. Se dice que el obispo reunía en la mansión episcopal a todos los niños menesterosos para alimentarlos con el producto de las limosnas que conseguía y también con su propio peculio, premiando con juguetes a los que mejor se portaban o mayor atención prestaban al estudio.

La vida del santo, en la que una humildad heroica se hermanaba con el amor a los niños, se difundió de boca en boca por los más remotos confines de la Cristiandad, siendo así como los

pueblos del norte de Europa y más tarde todos los demás erigiesen su memoria como un símbolo del más acendrado amor a la niñez, personificado en el Santa Claus de las barbas blancas y los juguetes.

El santo obispo de Myra sufrió la prisión a que fue sentenciado por no renegar de su fe durante la tremenda persecución del emperador Diocleciano, prisión que se prolongó hasta el advenimiento de Constantino, que fue cuando se le puso en libertad, sin que este cautiverio, durante el cual sufrió los mayores oprobios, influyese en absoluto sobre sus fervorosas creencias.

El hecho de llamársele San Nicolás de Bari no indica que durante su vida hubiese tenido alguna relación con esa localidad italiana, sino simplemente el haber sido trasladados sus restos mortales a la mencionada ciudad, lo que tuvo lugar en el año 1087.

FINCAS

J. Carbonell Vilanova

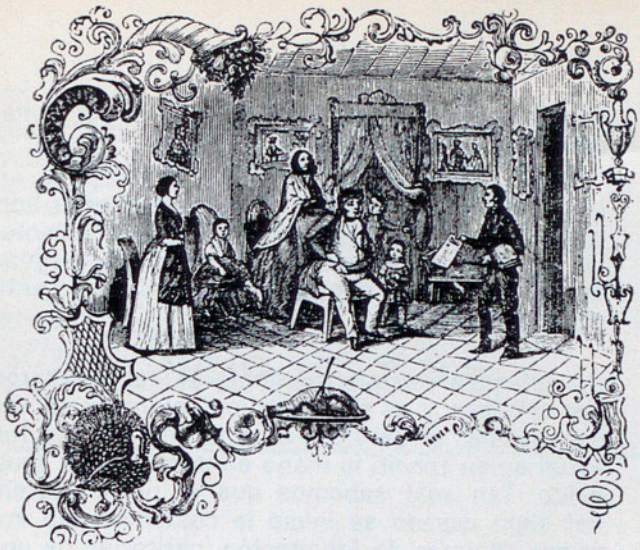
AGENTE DE LA PROPIEDAD INMOBILIARIA

REAL STATE AGENT

Ronda San Pedro, 46

Teléfono 231 48 26 **(Tres líneas)**

BARCELONA



LOS AGUINALDOS DE NAVIDAD

Una de las notas interesantes del complejo costumbrario navideño es la de los regalos que se prodigan bajo variados aspectos y de diversas formas; a veces no exactamente por Nochebuena, sino dentro del ciclo navideño que comprende hasta Reyes. En Barcelona esta suerte de obsequios ofrece dos categorías: la propia de Navidades y otra confiada a la generosidad y magnanimidad de los Reyes Magos. En muchos países se confunden ambas suertes de regalos. En Francia el mítico Papá Noel, de luenga y venerable barba blanca, con su cesta a cuestas baja por las chimeneas de las casas y obsequia a sus habitantes y en especial a los niños, con ofrendas y regalos. En Inglaterra cumple esta misión un personaje parejo, calificado de Santa Claus. Por los países germánicos y por la Europa Central y nórdica la prodigalidad es debida al árbol de Navidad, ente mitológico vegetal de origen tan sagrado como los referidos, que recuerda los viejos cultos dentroláticos y selváticos.

Vamos a ocuparnos de los regalos navideños entre nosotros y con la brevedad a que obliga un trabajo periodístico. Las Navidades son tiempo de limosnas. Nuestros antepasados, desde el último domingo de noviembre en que comienza el Adviento, y por lo tanto se inicia el período navideño, no negaban limosnas a ningún mendigo. Fue corriente la «limosna de los cuarenta panes», que consistía en adquirir este número de panes, cuya medida variaba según las posibilidades del donante, desde el enorme pan de doce libras, al panecillo humilde calificado «llonguet». Ordinariamente estos panes no eran ofrecidos a los pobres pedigüeños que llamaban a la puerta, sino que eran mandados a familias necesitadas a intención de que no se vieran en el caso de no tener el suficiente pan nuestro de cada día en la fiesta capital del nacimiento de Jesús. En el campo se hacía la «pastada de Nadal», ordinariamente de calidad mejor a la ordinaria y más importante cuantitativamente al objeto de prodigar la limosna del pan a discreción.

Los regalos de las Navidades en el siglo XIV eran calificados de «pa i nous», nombre aplicado a las limosnas en general, las cuales, según parece, habían consistido casi obligatoriamente, en pan y nueces u otra fruta seca en defecto de éstas. Las propinas navideñas, pues, eran consideradas como una especie de limosnas de categoría especial.

En el siglo referido los aguinaldos debieron estar muy en uso, hasta tal punto, que el «Consell dels Cent Jurats», cada año, infaliblemente,

DE SIETE Y MEDIA DE LA MAÑANA A DOS Y MEDIA DE LA MADRUGADA UN SITIO PARA COMER...BIEN !

sus típicos desayunos • sus tapas calientes y apetitosas • sus platos a la brasa • sus especialidades (no se las pierda) • su "resopó" para noctámbulos

EN UN GRATO AMBIENTE, AMISTOSO, CONFORTABLE Y CON PRECIOS AMABLES

mandaba hacer un pregón por el que privaba que se dieran propinas por una suma mayor a los quinientos sueldos y prohibía que se dieran dineros a los niños no familiares, nodrizas, porteros, ujieres, juglares, correos, «saigs» y «caps de guaita» en general, y a toda suerte de criados y servidores, bajo penas pecuniarias que oscilaban entre los cinco y los quinientos sueldos, o bien de prisión, que llegaba a alcanzar los cien días. Se exceptuaban de esta rigurosa prohibición los familiares, las personas de religión y las gentes por el amor de Dios; es decir, a mendigos y pedigüeños.

En oposición a lo que prescriben estos pregones innúmeras veces repetidos, fue costumbre corriente que los servidores hicieran regalos a sus amos y señores. Este hábito parece recordar los viejos tributos en especies que en ocasión de Navidades los antiguos siervos y vasallos debían pagar a sus señores. Puede constituir una extensión del tributo del siervo, la costumbre de ciertos comerciantes de ofrecer a sus clientes alguno de sus productos más típicos, en especial comestibles destinados al opíparo ágape navideño. Los panaderos habían ofrecido tortas elaboradas con la flor de la harina. Su medida variaba según la importancia del cliente y de acuerdo con el número de sus familiares: ordinariamente de tantas libras de peso como miembros constituían la familia. Era corriente que la forma variara según los casos. Ordinariamente representaba algún animal, entre los cuales abundaba la de pollo y la de pescado. Si el cliente deseaba la torta «farcida» debía traer el aderezo al panadero. Solía aderezarse con huevos, aceite, azúcar y chicharrones. Cuando se le añadían huevos fue general dar a la torta figura humana con un huevo cocido en la boca del simulado muñeco. Fue corriente, al retirar de la misa del gallo, pasar por la panadería con objeto de recoger el regalo del panadero y al llegar al hogar comerse la torta con chocolate, recuerdo del ágape que se había celebrado antiguamente al romper el alba para festejar la salida del nuevo sol el día del solsticio, en que iniciaba su curso ascendente por la bóveda celeste.

Los taberneros, por su parte, obsequiaban a sus clientes con una botella de vino generoso a elección del parroquiano; o el rancio para los turrones o bien el dulce para los barquillos. Antiguamente taberneros y mesoneros habían invitado de balde a sus clientes, los cuales, por Nochebuena, podían comer y beber a discreción a cargo del dueño de la posada o de la taberna. Esta costumbre se conservó hasta no ha mucho entre los mesoneros de Llusanés.

Los drogueros ofrecían a sus compradores las pastas para la celebrada «escudella de Nadal», a elección del cliente y ordinariamente de las más gruesas que fabricaban, «galets, tòts, macarrons de frare, o de dit degegant».

Los basureros, que en sus orígenes fueron hortelanos, también hacían obsequios a su clientela. Le ofrecían alguna de las verduras propias de la suculenta olla navideña, ordinariamente el puerro o el apio.

No sabemos en qué momento se tergiversaron los términos y se alteraron los valores y en vez de agasajar el servidor al amo con regalos fue aquél quien tendió la mano en demanda de aguinaldo. Tan sólo sabemos que el primer tercio del siglo pasado se inició la costumbre de imprimir décimas de felicitación, petitorias de una gratificación por parte de quien las recibía evocando su generosidad y deseándole unas buenas Pascuas. Esta nueva modalidad de intimar la dádiva debió extenderse rápidamente a juzgar por la gran diversidad de felicitaciones impresas que han llegado hasta nosotros pertenecientes a gentes humildes, prestadoras de los servicios más variados y trabajadoras de las más diversas faenas. Esta modalidad del regalo pecuniario dio origen a toda una literatura graciosa e interesante y a veces pintoresca, a la que contribuyeron plumas expertas y hábiles al lado de humildes poetastros.

Más importante aún que la literatura fue la imaginería de tema navideño creada para encuadrar y enmarcar estas felicitaciones. Surgió una gran riqueza de orlas abundantes de motivos ornamentales propios de las Navidades, entre los que raramente faltaba el magnífico y opulento pavo. Asimismo abundaban las que representaban alguna escena referente al trabajo o al oficio propio del que ofrecía la décima, lo que constituye un detalle costumbrista muy estimable. Estas felicitaciones eran impresas en tonos dorados que les daban una riqueza y una calidad muy especial y propia. Los talleres de litografía más importantes imprimieron décimas doradas en gran abundancia.

Más tarde se estamparon felicitaciones de aspecto muy semejante a los ventalles presididas por un grabado xilográfico al pie, del cual se extendían unos versos de felicitación que sobrepasaban las viejas décimas tradicionales. El conjunto estaba enmarcado por una orla prestada al fondo tipográfico común que contribuía a dar al impreso la fisonomía de ventalle què les fue característica. En estos grabados figuraban escenas adecuadas unas veces al nacimiento del Mesías, y las más, relacionadas con las fiestas de Navidad, entre las que abundaban la del sirviente que presenta la felicitación, de los cuales grabados nos hemos servido para ilustración de este trabajo.

J. AMADES

Los Villancicos de Navidad en el Siglo de Oro

¡Navidad! ¡Año Nuevo! ¡Reyes! ¡Cuántos recuerdos agradables acuden a nuestra mente! El Portal de Belén, el Divino Niño, la Virgen y San José, los piadosos Pastores y los Angeles cantando Gloria: todos estos pensamientos llenan nuestro corazón de júbilo.

Es Navidad la fiesta más esperada, más celebrada y más recordada de todo el año. Así es y así ha sido siempre desde aquella primera Nochebuena, en que Jesús, Nuestro Salvador, apareció entre nosotros.

Cada familia celebra este día con singular solemnidad y alegría. Cada nación, según sus creencias y costumbres, distingue esta fecha memorable con actos especiales. El árbol de Navidad, oriundo de los países del Norte, se ha hecho familiar en todo el mundo, y desde los tiempos de san Francisco de Asís en todo el orbe cristiano no hay iglesia ni acaso hogar que no ostente un pesebre hermoso con que se quiere hacer revivir la «Noche de Paz, Noche de Amor», en que nació Jesús entre nosotros.

Refléjanse esta alegre devoción y devota alegría de la Nochebuena en todas las literaturas de los pueblos. Canciones de Navidad las hay en todas las lenguas. Inmenso repertorio de ellas posee la gaya lengua castellana. Aquí y ahora nos referimos sólo a la época clásica, a la edad de oro de los siglos XVI y XVII.

Santa Teresa, al contemplar el insondable misterio de la Encarnación, exclama:

«Danos el Padre — a su único Hijo:
Hoy viene al mundo — en un pobre cortijo.
¡Oh gran regocijo — que ya el hombre es Dios!
No hay que temer, — muramos los dos».

Y recordando que este Niño Jesús viene como Redentor para padecer y morir, se entristece y quiere morir con El:

«Pues ¿qué le darán — por esta grandeza?
Grandes azotes — con mucha crudeza.
¡Oh, qué gran tristeza — será para nos!
Si esto es verdad, — muramos los dos».

Con santa delicadeza escribe Fray Luis de León el Nacimiento de Jesús:

«Quedando el claustro virginal muy sano
Cual sol pasa por vidrio transparente
De él nace Dios de nuestro amor movido.
Noche feliz do estaban mano a mano
Bailando al son del llanto del nacido
Angeles y pastores juntamente».

Ambrosio Montesino pregunta al Divino Infante:

«—¿Quién te trajo, Rey de gloria,
Por este valle tan triste?
—¡Ay, hombre! Tú me trajiste.
—Poder de todos poderes,
Pues nos puedes redimir
Sin que mueras, ¿por qué quieres
Por redimirnos morir?
Pues salvarnos sin venir
Desde tu trono pudiste
Di, Señor, ¿cómo viniste?»

El fecundísimo Lope de Vega es incansable en cantar el amor de Jesús hecho hombre. Compara al Niño Jesús con lo más precioso de la tierra:

«Norabuena vengáis al mundo, — Niño de Perlas;
Que sin vuestra vista — no hay hora buena.
Niño de jazmines, — rosas y azucenas;
Niño de la Niña — después dél más bella, —
Que tan buenos años, que tan buenas nuevas,
Ha dado a la tierra, aunque tantos bienes,
como Dios, posea».

Admirado al mirar el Niño Jesús, describe su rostro, su boquita, sus ojos, manos y pies:

«Es tu rostro placentero
Para mí tan delicioso,
Que si lo veo, reposo;
Si de mí lo apartas, muero.
Tus ojitos, tierno Niño,
Que embelesado contemplo,
De modestia son ejemplo,
Y muéstranme tu cariño,
¡Dulce Jesús! Sólo espero
Que me mires amoroso;
Pues si te veo, reposo;
Si de mí apartas, muero,
Al abrir tus labios rojos,
Tu boquita miel destila;
Y tu frente ancha y tranquila
Disipa tristes enojos.
Si el pesar me abruma fiero,
¿Adónde iré presuroso?
Pues con verte ya reposo;
Y, si te apartas, me muero».

Al considerar la pobreza y humildad del Niño Dios, reza:

«No lloréis, mis ojos; — Niño Dios, callad

Que si llora el Cielo — ¿quién podrá cantar?
Boca de claveles — del cielo gozo,
Ojos soberanos, — callad un poco,
Que me matan llorando — tan dulces ojos...

A las palmas de Belén aconseja y pide:

Palmas de Belén, — Que mueven airados
Los furiosos vientos — Que suenan tanto
No le hagáis ruido, — Corred más paso:
Pues andáis en las palmas, — Angeles santos,
Que se duerme mi niño, — Tened los ramos».

Juan López de Ubeda, enamorado del Divino Niño, le conversa así:

«Buen Jesús, por quien suspiro,
Duelan — os ya mis enojos,
Pues sois el Dios de los ojos,
De los ojos con que os mira,
Sois el bien de mi querer,
Sois mi descanso y mi gloria,
Sois el bien de mi memoria,
Sois por quien tengo el ser;
Sois el blanco donde tiro
Para no tener enojos,
Sois mi Dios, suma hermosura,
Sumo bien, sumo primor;
Sois todo un suave amor,
Vos sois la misma dulzura;
Y pues soy vuestra figura,
Mi Jesús, por quien suspiro.
Sólo sois el que alegráis
Aquestos ojos llorosos,
Si con esos tan graciosos
Alguna vez me miráis;
Y es cierto, si os olvidáis
De mirarme, que yo expiro,
Porque dan vida esos ojos
A los ojos con que os miro».

Al meditar el misterio de la Redención declara:

«Aquel salir como sale,
Y el venir Dios como viene,
No hay misterio que le iguale
De cuantos el mundo tiene.
Estar el placer llorando,
El fuego temblar de frío
La fortaleza sin brío,
La justicia perdonando,
Con leche se sustentando
El que a todos nos mantiene.
No hay misterio que le iguale
De cuantos el mundo tiene».

En otra poesía se deleita en mirar los ojos de Jesús:

«Los ojos del Niño son
graciosos, lindos y bellos
y tiene un no sé qué en ellos
que me roba el corazón».

Otro poeta de la segunda mitad del siglo XVI, Damián de Vegas, confiesa asombrado:

«Un tan hermoso doncel
hoy ha nacido en el suelo,
que la luna y sol del cielo
no lucen delante de él.
Es un Niño en quien se halla
Hermosura tan sin par,
Que no se pueden hartar
Los ángeles de miralla.
Nació este hermoso Doncel
De una graciosa doncella,
Después de Dios la más bella
De todo lo que no es El».

Maravillado exclama ante el pesebre:

«En Belén nacéis, Señor,
En Belén estáis, Dios mío,
De fuera helado de frío,
De dentro ardiendo de amor.
Veo — os llorar Niño tierno,
Y siendo quien sois me espanto
Cómo puede caber llanto
En el paraíso eterno».

Y hace contestar al Niño Jesús:

«Lloro, mas has de notar
Las lágrimas que derramo,
Que son de amor, porque te amo
Más que tú puedes pensar.
Lloro en ver tu desamor
En pago a tanto amor mío;
Tú por mí, helado de frío,
Yo por ti, ardiendo de amor».

Pedro de Padilla nos descubre sus pensamientos frente a Jesús:

«Al niño sagrado,
Que mi Salvador,
Cada vez que le miro
Me parece mejor
Porque yo no pene
Está padeciendo,
Sólo pretendiendo
Lo que me conviene;
Y viendo que viene
A darme favor,
Cada vez que le miro
Me parece mejor».

Acto seguido, refiriéndose a la alegría que reina por el Nacimiento de Jesús, dice:

«Toda la corte del cielo
Gran regocijo ha mostrado;
Todos están muy contentos,
Como jamás lo han estado.
El sol, la luna y estrellas
Diferente luz han dado;
Hállanse nuevas grandezas,
Como nunca se han hallado.
Que sea visto Dios del cielo
Vestido del traje humano,
En el Portal de Belén
Sobre un pesebrillo echado».

Bellamente dice Luis de Góngora:

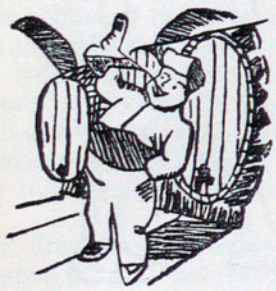
«Caído se le ha un clavel
Hoy a la Aurora del seno,
¡Qué glorioso que está el heno,
porque ha caído sobre él».

Precioso cuadro de versos en miniatura nos brinda Juan Díaz Rengifo:

«Soles claros son
Tus ojuelos bellos,
Oro los cabellos,
Fuego el corazón.
Rayos celestiales
Echan tus mejillas,
Son tus lagrimillas
Perlas orientales.
Tus labios corales,
Tu llanto es canción,
Oro los cabellos,
Fuego el corazón».

Y terminamos con un coloquio conmovedor que Diego Cortés traba con el Niño Jesús:

«¿Por qué lágrimas tan puras
Derramáis?
Por mí es, Dios, a quien amáis.
Veo estaros adorando
Angeles y Serafines,
Y los altos Querubines
Vuestro poder alabando.
¿Por qué están ellos cantando,
Y Vos lloráis?
Por mí es, Dios, a quien amáis».

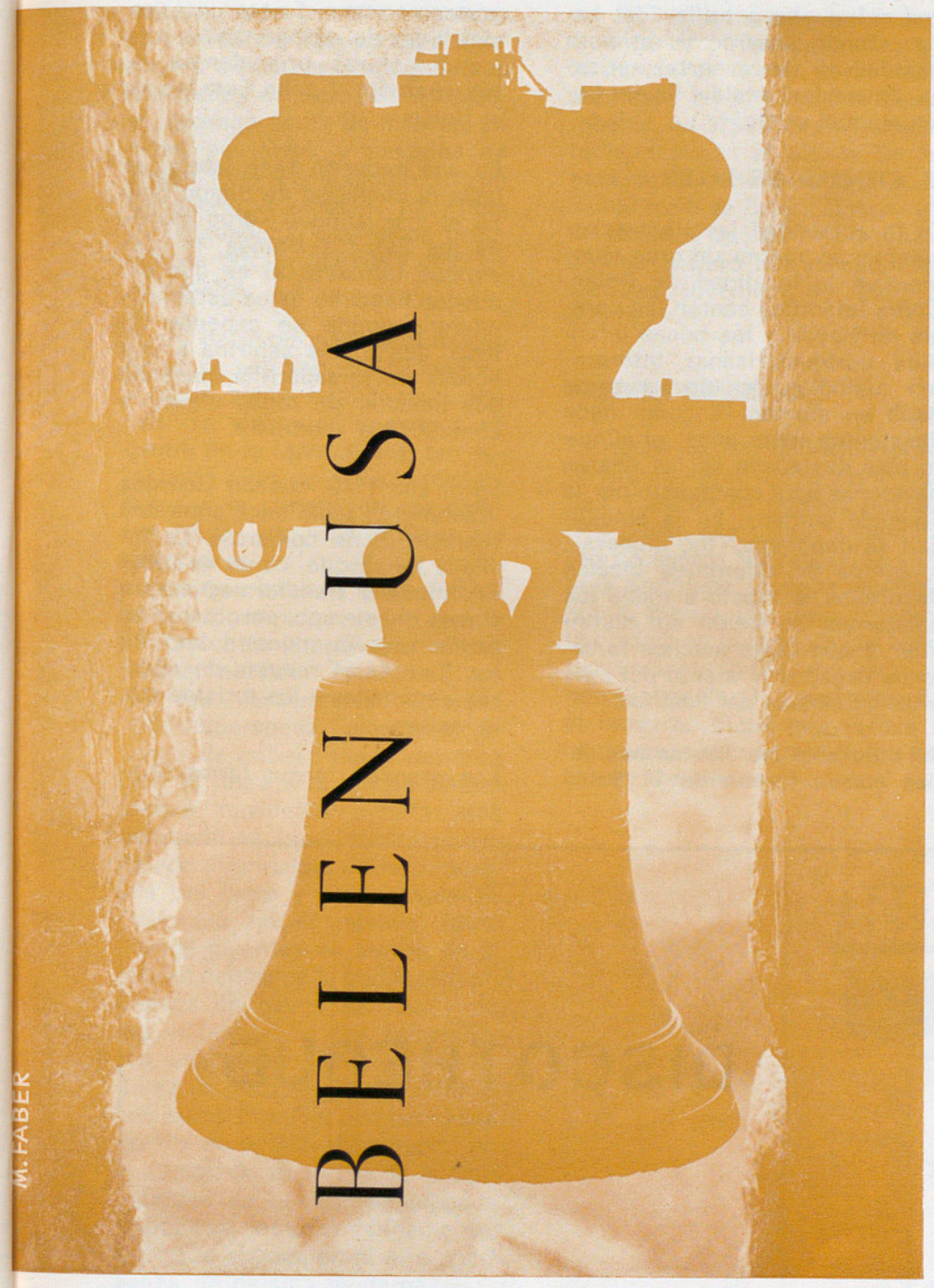


EL PA Y TRAGO

MASIA CATALANA

Cocina abierta hasta las dos

Parlamento, 41 - Tel. 241 10 37 - Barcelona



EN el viaje por la autorruta númemero 22 de Nueva York, al Oeste, no dejan de experimentarse ciertas sorpresas. Recorridas unas pocas millas aparece el nombre de Viena en los letreros indicadores. Siguen Oxford y Verona —dos pequeños pueblecillos algo alejados del camino central—, y bastantes kilómetros más allá, otras indicaciones advierten que el viajero va a llegar a Belén, que está apenas alejado unos diez minutos de Nazaret. A pesar de sus nombres, estas ciudades se hallan emplazadas en el Estado de Pensylvania de la Unión norteamericana. Asociar el nombre de Belén a la fabricación de acero es una detonante combinación. Sin embargo, la «Bethlehem Steel Corporation» tiene su sede principal en el Estado de Pennsylvania y produce en la actualidad más acero que toda la producción del Ruhr, pongamos como ejemplo: un total anual de diecinueve millones de toneladas. En potencia económica y capacidad productiva sólo está superada por otra compañía también estadounidense; la «United States Steel Production», con sede en Pittsburg.

UN CONDE AUSTRIACO, FUNDADOR

Hay en Norteamérica tres pequeñas ciudades llamadas Belén. La más conocida es ésta, enclavada en el río Leligh y que tiene unos cincuenta mil habitantes. ¿Pero por qué se llama Nazaret la localidad vecina? La respuesta hay que buscarla en la historia de Norteamérica. En el año 1941, el conde Nicolás Luis Zinzendorf, expulsado de Austria por sus veleidades heréticas, fundó en el Nuevo Mundo la ciudad de Belén. A su alrededor se agruparon todos los componentes de las extrañas sectas de los pietistas, los hermanos bohemios y los utraquistas husitas, procedentes, asimismo, de la Europa Central.

En otoño de aquel mismo año había desembarcado el conde Zinzendorf en Nueva York. En unión de sus seguidores emprendió la marcha hacia el Oeste. El territorio estaba entonces poblado por indios peligrosos, que muy pronto cayeron sobre los expedicionarios. Tuvieron

que refugiarse a orillas del Leigh, donde pasaron su primera Navidad en tierra norteamericana. Zinzendorf decidió llamar Belén a aquel punto.

EL EJEMPLO DE BELEN

En la actualidad las fiestas navideñas adquieren un gran volumen en la localidad de Belén. Coros infantiles cantan las corales de Haydn y las bocas infantiles norteamericanas interpretan melodías de Mozart o de Bach en alemán. Y como hace doscientos trece años, el número más destacado de las fiestas navideñas está compuesto por la «comida común». En la actualidad se denomina «the dieners», y agrupa en diferentes locales decorados al efecto a todos los habitantes de Belén sin distinción. Y aún hasta muchos forasteros llegados al efecto del Este o de las costas del Pacífico.

Pero no sólo las fiestas navideñas atraen forasteros al Belén norteamericano. Existe un especial lugar de peregrinación para los forasteros procedentes de los cuarenta y ocho Estados de la Unión.

En una pequeña calle lateral se halla el comercio de Simon Rau. Es el más antiguo «drug store» de los Estados Unidos, la más antigua farmacia, si es que así pueden llamarse estos establecimientos donde se expende de todo, desde una aspirina a una botella de zarzaparrilla, pasando por helados de todas clases y complicados «batidos».

En el año 1743, cuando Georges Washington tenía once años, fue fundado dicho comercio. La fachada ha sufrido, como es natural, muchas transformaciones a través del tiempo, pero en el interior todavía muestra uno de los Rau viejas recetas de píldoras y pomadas a los turistas que le visitan.

Los grandes tarros farmacéuti-

DISCOTHEQUE

Km. 13,400

Autopista de Castelldefels

cos son aún aquellos ornados con dorados y fabricados por famosos artesanos. Pero sobre el mostrador, en contraste constante, aparece goma de mascar, lápices de labios y pasteles de queso, todo ello empaquetado en transparente celofán, tal como corresponde a una época preocupada por la higiene como es la nuestra.

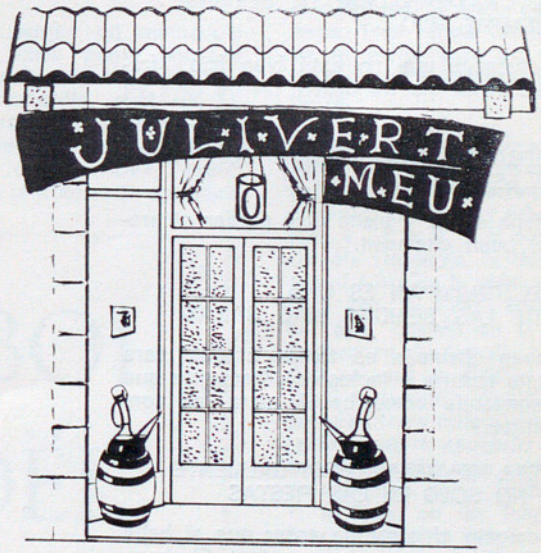
Fuera de estas particularidades, Belén es una pequeña ciudad industrial como tantas otras del país. La vida y la animación se centra en la Main Street, tan semejante a las de otras ciudades. Regulan la circulación los colores verde, rojo y amarillo de las señales de tráfico. Y los ciudadanos que habitan la ciudad se hallan dominados más por la «Bethelehem Steel» que por su propio alcalde. En las cinco grandes fundiciones trabajan 158.000 personas. Tal es este volumen de trabajo que el visitante que no llega a la ciudad en las fechas navideñas repara más que nada en aquel contraste señalado al principio entre el nombre del lugar y las actividades radicadas en el mismo. Altos hornos gigantes se elevan en el mismo centro de la población, rodeados de naves fabriles y de las viviendas de los trabajadores, que se extienden por las laderas de las inmediatas colinas. Los autos circulan por las calles en fila de seis o de ocho. Y en el campo de deportes de la Universidad de Lehligh se juega a fútbol casi ininterrumpidamente, mientras suenan en el aire compases de música moderna.

EL ULTIMO MOHICANO

Sólo el viejo cementerio conserva la paz de siempre. Entre la hierba destacan las tumbas de hace doscientos años: los epitafios están escritos en alemán y dan fe de los primeros tiempos de existencia de la actual gran ciudad. Un tal Johann Ostrreicher, nacido en Moravia, murió en 1753 a manos de los indios. Y entre las sepulturas destaca la de un tal Tomás, joven indio bautizado en el momento de su muerte, en 1769. Este muchacho indio, también el último de los mohicanos, está enterrado en el cementerio de Belén. Cooper vio su tumba y escribió de vuelta a Europa el libro que conocen los lectores juveniles de todo el mundo.

ALEGRIA NAVIDEÑA

La noche de Navidad transforma enteramente el rostro de la ciudad. Cientos de árboles navideños llenan las calles y guirnaldas de abetos las cruzan de ventana a ventana. En cada una arde por lo menos una vela, y sobre la ciudad, en la cima de los montes vecinos, brilla una enorme estrella de luz fluorescente. Es el moderno signo que señala a los norteamericanos el Belén del Nuevo Continente.



JULIVERT MEU

TABERNA TIPICA CATALANA

Buensuceso, 7 - Tel. 221 83 13

BARCELONA-1

Decálogo del buen bebedor de CHAMPAN

I. SEPA DISTINGUIR UN ESPUMOSO ELABORADO EN CAVA DE UN VINO GASIFICADO

Las burbujas deben de ser finas, en forma de rosario continuo y permanente durante mucho tiempo, incluso horas.

II. UN BUEN CHAMPAN ES LIGERO, FRESCO Y TIENE SABOR A FRUTA

No debe de pesar ni en la cabeza ni en el estómago, no debe de tener excesiva graduación alcohólica ni olor ni sabor a vino, sino más bien a fruta.

III. EL CHAMPAN ES UNA DE LAS POCAS BEBIDAS QUE VAN BIEN CON TODOS LOS PLATOS

Se puede tomar sin vacilar con carnes, pescados, dulces, quesos, etc.

IV. EL CHAMPAN PUEDE BEBERSE A TODAS HORAS

Como aperitivo excelente, en las comidas y fuera de las comidas, el champán de cava, bien elaborado y fresco sienta siempre a maravilla.

V. «BRUTS», SECOS, SEMISECOS Y DULCES

Además del «brut», que es el champán natural extraseco, por no tener adición alguna posterior de licor, se obtienen los gustos de seco, semi-seco y dulce. Los «bruts» y secos van bien con todo y son los preferidos de los que saben beber.

VI. EL CHAMPAN DEBE DE SERVIRSE SIEMPRE FRIO

Un champán que no esté bien frío, «frapé» que dicen los franceses, pierde toda su calidad.

VII. BEBA EL CHAMPAN EN COPA ALTA Y ESTRECHA

La copa ancha y plana deja perder el aroma del buen champán.

VIII. EL CHAMPAN ES UNA DE LAS BEBIDAS MAS SANAS

El buen champán es tónico e ideal para una justa euforia e incluso es frecuente que se recomiende como bebida para los convalecientes.

IX. BEBA CHAMPAN HABITUALMENTE Y NO SOLO EN LAS FIESTAS

No cometa el error de creer que si bebe champán tira la casa por la ventana. El champán no cuesta ni más ni menos que un buen vino de mesa, que, naturalmente, esté garantizado por una marca.

X. ASEGURESE AL COMPRAR UN CHAMPAN QUE SEA VERDADERAMENTE DE CAVA

Es preciso no dejarse engañar por la propaganda y asegurarse antes de comprarlo que el champán que se compra no tiene nada que ver con el vino gasificado.

EL ARBOL DE NOËL

Con sus variopintas guirnaldas y lucecitas multicolores, preside el hogar desde la grande y sublime Navidad hasta la entrada bulliciosa de un nuevo año. Se explica y justifica su simbolismo en los países anglosajones, impuesto por su origen y por la tradición o tradiciones, al correr de los siglos. Que unas veces es la tradición, y otras, el origen, la historia; y así como hay un derecho consuetudinario, también podría hablarse de una historia «tradicionaria». Si la costumbre es ley, esta tradición pica en historia.

Identificado en otros pueblos con una de las más solemnes fiestas de la cristiandad —si no la máxima—, es, sin embargo, de origen pagano. Y aunque desconocido hasta hace apenas un siglo en los países anglófonos, es, hoy, dueño y señor de la Navidad. Bajó a Europa traído del Norte oscuro por los clanes paganos, para extenderse por el Continente a través de los teutones y escandinavos. Recibió el bautismo cristiano en Alemania, Holanda, Suecia y Noruega muchísimo antes que entre ingleses, y, naturalmente, que entre americanos.

MARTIN LUTERO Y LA LEYENDA DEL ABETO

Una vieja conseja germana atribuye la creación simbólica del árbol de Navidad a Martín Lutero. Era Nochebuena, y el celebérrimo reformista excomulgado volvía al hogar, hundiendo los pies en la nieve de las calles de Wittenberg. El firmamento, ascua de luminarias, le causó tan profunda impresión mirífica, que, queriendo explicarlo después a su familia, no sabía cómo. De pronto, salió al jardincillo, arrancó un pequeño abeto y lo llevó adentro. Y lo exornó con profusión de velitas encendidas. Así se le representaba imaginativamente la noche estrellada de la Natividad, pues es fama que, ni con nieve ni con lluvia, ni con niebla, dejan los astros de lucir esa noche en todo el orbe cristiano.

Otra versión adjudica esa invención alegórica a San Winfrido, uno de los primeros misioneros de Noruega, quien arrancó de los primitivos escandinavos sus creencias y prácticas druídicas. Para desengañar a un puñado de conversos —refiere otra leyenda—, y convencerles de que los atributos objeto de su veneración no eran sino simples árboles, derribó en presencia de ellos un corpulento roble; pues sabido es que los druidas adoraban este cupulífero. Les probaba así cuán fácilmente caían por tierra sus dioses paganos...

Pero en el sitio donde estuviera antes el gigantesco tronco surgió un minúsculo abeto, cuya punta aguzada dirigíase hacia las estrellas. «Este arbolillo, cual un infante solo en medio del bosque, será vuestro árbol sagrado esta noche», según cuenta una conseja medieval que San Winfrido dijo a sus atónitos catecúmenos.

Hay otras versiones o leyendas más complejas que pretenden explicar también el verdadero origen del arbolito simbólico. En mitologías del Medievo, en casi todos los países civilizados, se han encontrado vestigios de una misteriosa adoración a un árbol sagrado. Por ejemplo, el fresno, el Yggdrasil de la mitología escandinava. Y la serpiente enroscada a sus raíces, aunque de concepción pagana, guarda una vaga relación con la representación cristiana de Satán.

EL YGGDRASIL, IDENTIFICADO CON LA CRUZ

Entre los primitivos pueblos anglosajones subsistiría después el Yggdrasil en el «Yule log», el leño llevado del bosque al hogar por Navidades. Los primeros misionarios de Britania condenaron el Yggdrasil como una superstición, e inducían a los buenos cristianos, a los buenos católicos, a dejar consumir aquel símbolo idolátrico por las llamas, en la Nochebuena, en prueba de que Niño Dios había destruido el ateísmo. Mas germanos y escandinavos, por el contrario, lo que anatematizaban era precisamente la destrucción del Yggdrasil. Y lo mismo sucedería luego entre los pueblos cristianos, identificándolo con el sacro símbolo de la Cruz del Redentor, o el árbol de la vida, del Génesis. Tres ramas tenía: una en el cielo; otra en el infierno, y la tercera en la tierra.

En los antiguos calendarios Adán y Eva eran conmemorados el día de Nochebuena, simbolizados por el árbol del bien y del mal. Y la alegoría del día siguiente, la Navidad, era el árbol de la vida; o sea, otra vez la Cruz. Fácil es ver que, cuando en la mente humana la luz de la verdad empezó a disipar oscuridades paganas, el árbol de las primitivas mitologías aparecía siempre asociado a las creencias cristianas como representativo de la Natividad. Y, al final, en las Sagradas Escrituras, otra vez la Cruz.

LUMINARIAS EN BELEN Y NAZARETH

En suma, todos estos hechos ya legendarios o ya verdaderos, presentan en común desde épocas medievales, una tradición sacra en torno a un árbol iluminado, que el misticismo adoptara apropia-

damente, poéticamente, en el solsticio de invierno; estación en la cual la cristiandad se redimiera para siempre del paganismo, haciendo suya la festividad del nacimiento de Nuestro Señor. Quizá estas tradiciones recibieran una mayor influencia del hecho de que la fiesta de la Dedicación, o fiesta de las luces, fuese celebrada por el pueblo hebreo, en tiempos de los macabeos, precisamente en esa misma época del año. Cientos de miles de luminarias debieron de haber lucido en las casas de Belén y Nazareth, y en toda Judea, cuando vino al mundo a redimirnos Jesucristo, hijo de Dios vivo.

Así llegamos a la instauración definitiva del árbol como símbolo navideño, lo que tuvo lugar en Estrasburgo.

Un manuscrito fechado en 1603 y redactado por un mercader de la ciudad alsaciana revela la primera noticia auténtica. Mas la costumbre no se propagaría tradicionalmente por todo el mundo teutón y anglosajón hasta dos siglos después. Coleridge, describiendo una visita a Alemania, en 1826, hace un relato gráfico de la costumbre del árbol de Navidad como peculiar del pueblo germánico. Y se refiere a ello como a algo de que jamás hubiera oído hablar antes.

ACLIMATACION BRITANICA DEL «CHRISTMAS TREE»

Inmigrantes alemanes introdujeron ese hábito en América antes de los tiempos de Coleridge. Durante varios decenios fue practicada la costumbre solamente por los colonizadores germanos, bastante antes de su adopción por los descendientes de los puritanos, o peregrinos, que poblarían poco a poco el norte del nuevo Continente. Y para que el «Christmas tree» se aclimatara en Gran Bretaña, habría la Reina Victoria de contraer nupcias con un príncipe alemán. Y para que la costumbre arraigara también en el pueblo británico, donde es hoy tradición inconmovible. Como quien dice, ya casi en nuestros días, pues Victoria y Alberto casaron en 1861...

ABETOS «VERSUS» BELENES

Seguro que, a estas horas, en muchísimos hogares de España —nos referimos a hogares españoles— hay un arbolillo presidiendo la santidad alegre de estas fiestas pascuales, y aún seguirá allí, como heraldo del cortejo y jolgorio del nuevo año. Y no sólo en las casas particulares, sino que lo vemos, cada año con mayor profusión, en escaparates, en cafés, hoteles y vestíbulos de cines y teatros, en otros muchos lugares de esparcimiento público, y hasta en alguna que otra tasca o taberna típica y castiza (?).

Como toda costumbe envuelta en aires foráneos, he aquí otra que ha venido infiltrándose, de año en año, en nuestra Patria. Colándose de rondón, en irreverente competencia con nuestro tradicional e historicísimo, cristianísimo, catolicísimo Portal de Belén, ¡qué bien vale toda esa hiperbólica tetanía de superlativísimos! Porque díganos ahora, quien nos moteje de retrógrados o chauvinistas, si, con todos esos antecedentes del «Christmas tree» anglosajón-americano, o del árbol de Noel para los franceses, puede un simple arbusto, por muy santificado que haya sido después, rivalizar con nuestros ingenuos y sencillos Nacimientos, cuando no de extraordinario valor artístico. Que no necesitaron, además, de ningún sacramento, pues ya fue sacro el primero —el antecesor de los nuestros y de todo el orbe católico— con la sola presencia en él del Rey de los Cielos, que ha nacido ya...

Ni retrógrados, ni chauvinistas —pues no somos ni lo uno ni lo otro, que conste— confiemos, sin embargo, en que sea solamente una moda. Y que, como toda moda, ya pasará... Aun cuando la costumbre va tomando todo el aspecto de una tradición que pica en historia.

J. A. A.

ROVIRALTA

Joyería
Platería
Relojeria

Rambla Canaletas, 129
(junto Plaza Cataluña)
Teléfono 232 05 25
BARCELONA

San Francisco, 20
SITGES

José Antonio, 2
PALAFRUGELL

GASTRONOMIA NAVIDEÑA

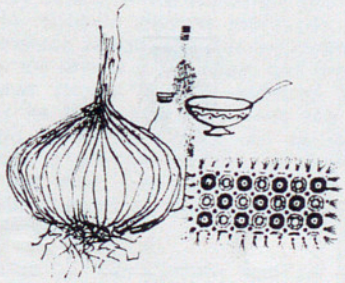
SUGERENCIAS

El día de Navidad (o el de Nochebuena, en Madrid y otras regiones de España) se impone una variación gastronómica que sirva para conmemorar la gran festividad. No se trata de comer mucho, sino de comer bien, puesto que en la mesura y en el refinamiento está el verdadero disfrute de las cosas. Pasaron los tiempos en que se consideraba «tradicional» el consumo de determinados manjares (besugo y sopa de almendras en Madrid; **carn d'olla** en Cataluña, etc.) y hoy lo esencial es que la mesa esté bien servida y a ser posible de platos escogidos que no se suelan probar durante el resto del año. Para orientación de nuestras lectoras vamos a transcribir aquí tres platos exquisitos, que no harán mal papel en ninguna comida navideña.

CEBOLLAS RELLENAS

Prooprciones: 12 cebollas grandes, 100 gramos de pasas sin pepitas, 50 gramos de queso de gruyère rallado, 2 cucharadas de sopa de harina, 1/4 de litro de leche, 50 gramos de mantequilla o margarina, 1 pellizco de sal y otro de pimienta, 50 gramos de manteca de cerdo, 2 cucharadas de aceite.

Receta: Quitad unas cuantas hojas exteriores de las cebollas y cortad ligeramente las extremidades. Se practica un agujero en



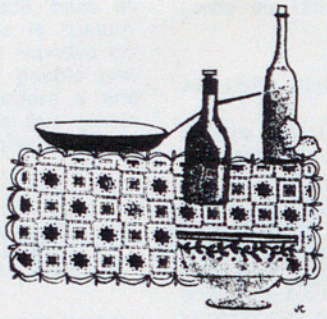
un lado con ayuda de una cucharilla y se meten al horno con aceite. Mientras se cuecen fúndase la mantequilla, y al comenzar a dorarse, se echa la harina, removiendo con fuerza para evitar los grumos. Añadir los demás ingredientes, con las pasas hervidas y por último el queso, dejándolo todo hervir por espacio de unos minutos. Retírense las cebollas del horno y rellénense con esta salsa. Volver a meterlas en el horno unos diez minutos hasta que el conjunto esté bien dorado.

CHAMPIÑONES A LAS FINAS HIERBAS

Proporciones: 1 kilo de champiñones grandes, 200 gramos de carne picada, 1 ajo , una pequeña cantidad de perejil picado,

una cucharilla de hojas de tomillo, dos cucharillas de estragón en polvo, dos hojas de laurel picadas, un buen pellizco de pimienta, un pellizco de sal, 1 echalote, 1/2 vaso de aceite.

Receta: Se lavan bien los champiñones, cortándose su extremidad terrosa. Sepárense los tallos de la cabeza de los champiñones y píquese junto con la echalote, el ajo y las hierbas. Pásese unos minutos por la sartén, en unión de la carne picada en media cucharada de aceite. Empápense ligeramente en aceite las cabezas de los champiñones y vacíense un poco, rellenándolas con la mezcla de la sartén. Espolvoréese con el perejil picado. Colóquese el resto del aceite en una vasija resistente al fuego del horno y caliéntese un poco antes de depositar en ellas los champiñones rellenos. Hágase cocer un cuarto de hora a un horno de calor moderado.



PASTELILLOS RELLENOS EN LLAMAS

Proporciones para la masa: 250 gramos de harina, 6 yemas de huevo, 1 cucharada sopera de azúcar en polvo, 1 pellizco de sal, 1/2 litro de agua, 1 cucharada de ron o coñac, 50 gramos de mantequilla, 3 cucharadas de aceite. Para rellenar los pastelillos: 125 gramos de mantequilla, 125 gramos de azúcar en polvo, la corteza de tres naranjas, 4 cucharadas de ron o coñac. Para la llama: un decílitro de ron y coñac, mitad y mitad, 4 cucharadas de azúcar en polvo.

Receta: Mézclese la harina, el agua, la sal, el azúcar y las yemas de huevo (una a una). Déjese reposar la pasta durante tres horas. Añádase el ron y la mitad de la mantequilla fundida. Póngase un poco de mantequilla y el aceite en la sartén. Háganse pequeños pastelillos rellenos de la mezcla que se describe a continuación y fríanse en la grasa bien caliente.

Para hacer el relleno mézclese la mantequilla, al azúcar, la cáscara de naranja rallada y el ron. Consérvese los pastelillos fritos en un horno algo caliente. En el momento de servirlos espolvoréense de azúcar en polvo, rociénse del ron y el coñac calientes y péguesele fuego al servirlos a la mesa.

TELEVISION

RADIO

MAGNETOFONOS

TOCADISCOS

DISTRIBUIDOR EXCLUSIVO

PHILIPS

EQUIPOS ALTA FIDELIDAD

NEVERAS

LAVADORAS

DISCOS

Radio Martín

Rambla de los Estudios, 111
y Pintor Fortuny, 6
(Galerías Manila)
Almacén: Pintor Fortuny, 19

BARCELONA-2

Teléfonos 231 11 05
Tienda: 231 91 47
Contabilidad: 231 47 46
Secc. Discos: 221 58 58
Almacén: 232 15 22
232 15 53

LA HIJA DE RYAN

Nos hallamos en Irlanda, en 1916, poco después del levantamiento contra los ingleses. Charles Shaughnessy (Robert Mitchum) es un maestro rural que vuelve de Dublín a su pueblo después de una breve ausencia Rosy Ryan (Sarah Miles), su novia, le espera en la playa y se besan bajo la mirada de Michael (John Mills), una especie de tonto del pueblo enamorado a su vez de Rosy.

Tim O'Leary y Driver, dos republicanos activistas de Dublín, buscan en la playa un lugar seguro para desembarcar armas. Un policía los descubre y O'Leary lo mata. Los dos republicanos arrojan el cadáver en una mina abandonada y se vuelven a Dublín.

Charles y Rosy se casan, pero su noche de bodas resulta un fracaso. Charles le dobla la edad a la muchacha y no es capaz de corresponder a su necesidad de amor. El Padre Collins (Trevor Howard) trata de resolver sus problemas, pero sin éxito.

En esta situación llega al pueblo el Mayor Randolph Doryan (Christopher Jones), un mutilado héroe de la guerra que viene a hacerse cargo de la pequeña guarnición. Para Rosy, Randolph es la personificación de sus sueños. En el bar en que ella sirve, Randolph es presa de un ataque y Rosy le atiende con cariño. Recobrado Randolph, se abrazan apasionadamente. Los amantes engañan al marido en una torre céltica en ruinas. Charles no se atreve a sospechar la infidelidad de su esposa hasta que caminando por la playa descubre las huellas de unas pisadas femeninas y a su lado las de un lisiado que conducen a una cueva en las rocas. También Michael ha descubierto el adulterio de Rosy y trata de explotarlo en su favor. Se disfraza de una manera extravagante, imitando al oficial y en medio del pueblo saluda a Rosy militarmente. La gente comprende lo que sucede y Rosy se gana la hostilidad de todos. No sólo es adúltera sino también colaboracionista.

Un mes más tarde Tim O'Leary trata de desembarcar armas y explosivos llevados hasta las proximidades de la playa por una lancha pesquera, pero una tormenta lo impide. Temiendo un desastre, O'Leary con la ayuda de Ryan (Leo McKern), el padre de Rosy, reúne a la gente del pueblo y con grandes dificultades logran recuperar la mayor parte del alijo. Pero Ryan es un informador de las fuerzas británicas y les da cuenta del desembarco de armas y municiones. Randolph y sus hombres bloquean el paso del camión en que son conducidas. En la lucha que se produce O'Leary muere mientras Randolph y sus hombres son apresados por el pueblo.

Parece por un momento de Charles y Rosy van a reemprender sus relaciones, pero ella siente que Randolph la necesita. La gente del pueblo se dispone a juzgar a Randolph y a lincharlo. Rosy aparece ante ellos como la delatora que los traicionó. Rosy, dándose cuenta de que el hombre delator había sido su padre, no niega los cargos que se le hacen. Maltratada por el pueblo, Charles la defiende pese a su infidelidad. Finalmente es el padre Collins quien arregla la situación y los ánimos se apaciguan.

En el silencio de la escuela, Charles y Rosy escuchan una explosión. Michael había recogido algunos restos de los explosivos destinados a la sublevación y se los ofrece a Randolph, que frente al mar piensa que su aventura con Rosy ha terminado y que con ella se caabó la última ilusión de su vida. Vuelve a ser un inválido, un fantasma sin vida. Los explosivos que le ofrece Michael le facilitan la solución de su vida.

Charles y Rosy piensan que tal vez la vida aún les ofrece una brizna de felicidad.

●

Un film de David Lean

Producido por Anthony Havelock-Allan

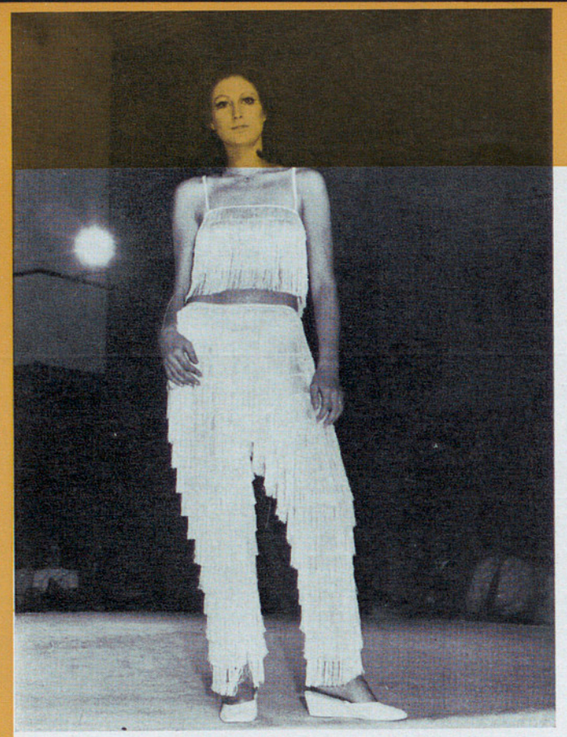
Dirigido por David Lean

Argumento original de Robert Bolt

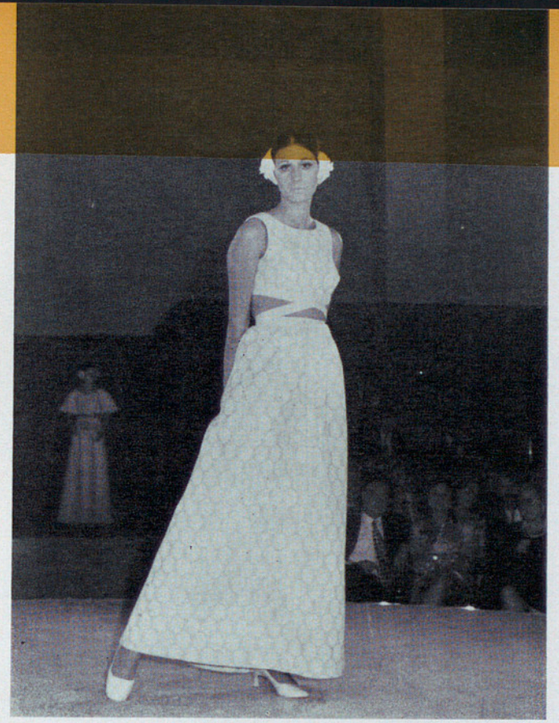
Presentada por Metro-Goldwyn-Mayer Ibérica, S. A.

Director de fotografía Freddie Young

Super Panavisión 70
Metrocolor



En la lucha de los largos, la «maxi» y la «midi» acapararon la mayoría de votos.



Uno de los modelos más atrevidamente originales entre los presentados.

La moda viene de... España

La nueva moda se basa más en el efecto óptico (dibujo y color del artículo) que en su estructura o el material utilizado.

Un precioso conjunto «midi» para paseo en los que prevalece la lana acrílica y la lana poliéster.

Auge y decadencia de la montería española

Causa profunda emoción hoy en día al aficionado de corazón comprobar sobre el terreno y leyendo los clásicos de la montería, el que, hace casi cuatrocientos años, la técnica fuera la misma que actualmente empleamos, y, sobre todo, que la disposición de las batidas, es decir, colocación de escopetas, rodeos de manchas, suelta de rehalas, etc., fuera exactamente lo que hoy seguimos adoptando en los mismos lugares. Un ejemplo lo tenemos en Argote de Molina (1580), que al describir una montería en la sierra de Toledo, nos dice: «La Garganta de la Yedra es buen monte de ossos en invierno y en el comienzo de verano, y son las vozerías, la una por cima de la Sierra de Sarzoso, hasta el Puerto de la Yedra, y la otra desde el Puerto por cima de la cumbre, hasta la Cabeza de la Cereceda, y la otra por el camino del Puerto del Marchés hasta encima del Puerto.» Pues bien, esto describe al pie de la letra la forma en que en esta sierra se han monteado y se sigue monteando en la actualidad en el coto del Robledo, a la que pertenece la descripción mencionada.

La tradición y auge que tuvo durante los sucesivos reinados existió con verdadero esplendor hasta Carlos IV, impenitente cazador, que, según el «Plan general de caza muerta por S.M. en el año 1805», cobró en el mencionado año la friolera de 7.363 piezas de caza mayor y menor, de las que a la primera corresponden nada menos que 576, entre jabalíes, venados, gamos, lobos, linces, etc. Posteriores guerras y revoluciones y la consiguiente inestabilidad del país, restaron lógicamente importancia a la montería, que renace al advenir al trono Alfonso XII, y llega con el reinado de Alfonso XIII a lo que con razón califica el duque de Almazán en su «Historia de la Montería», como época de oro moderna de la montería española, que se puede situar entre los años 1915 y 1931.

¿Sabe el lector las reses que se mataron en «El Aguila» (Sierra Morena de Córdoba), en la montería del año 1931? Doscientas noventa y nueve en tres marchas. Si se tiene alguna noción de lo que es caza mayor se tendrá una idea de lo que «aque-

Play-Boy

Francisco Pallarés

BOUTIQUE

Av. de los Baños, 3
CASTELLDEFELS

llo» era. Hoy es una entelequia en la que apenas pueden creer los pobres cazadores, arrastrados por el atractivo de la sierra y el interés de los perros que apenas logran levantar una res por pura casualidad.

Sin embargo, no se ha de perder la fe en un próximo resurgimiento y quien se encargue de la ingente labor sabrá comprender dos cosas: una, la enorme riqueza que ello representa, y que si tuviéramos espacio demostraríamos con cifras y datos; otra, que no es un deporte de vagos y señoritos. Posiblemente en ninguno se pondrán más a prueba, ejercitándolas, las condiciones físicas y mentales del que lo practica.

Nada hay comparable en materia de caza a la clásica montería española, en la que la característica principal es la rudeza. Para practicarla hay que tener verdadera afición, interés por el perro, amor a la sierra, expectación por la actuación personal.

En fin, mil y mil matices: es el reposo bien ganado después de un día duro, en el que se han puesto a contribución las facultades físicas y mentales, y en el que con la imaginación llena de las emociones del día se contempla el atardecer.

Prueba de las maravillosas condiciones que —quizá por desgracia— reúne nuestro suelo para la caza mayor, la tenemos en que en el resto de los países europeos han desaparecido la mayoría de las especies. En España, a pesar de una pésima Ley de Caza pertinazmente incumplida en todo momento, a pesar de los terribles furtivos, a pesar de la pasada guerra, siguen existiendo venados, jabalíes, machos monteses, etc., que son las mismas especies que hace más de quinientos años nos hablan los clásicos de la montería.

Tenemos que considerar también, independientemente de la clásica montería, lo que calificamos como cacería de alta montaña, a base del rebeco y de nuestra incomparable «capra hispánica», cuya caza todavía se puede practicar en las altas cordilleras del Pirineo, de los Picos de Europa y de la Sierra de Gredos. Además, aparte de aquella clásica montería en batida, son varios los procedimientos varios y tradicionales para la persecución de la caza mayor, siendo los principales: el resecho, el salteo, el vaqueo, el aguardo, la ronda y la berra. La descripción de cualquiera de estos procedimientos requeriría el empleo del capítulo entero de un libro.

Hay cacerías que practicadas «como deben de ser» tienen el mismo interés y en algunos casos todavía mayor emoción que la montería. Podemos poner por ejemplo la que nosotros llamamos resecho y los ingleses **stalking,** que exige unas facultades físicas extraordinarias y una afición a toda prueba. Se debe de ir por el ejemplar, por un buen ejemplar, cara a cara —la labor del cazador es más personal y de una calidad quizá más elevada— y poder decir como aquel gran cazador norteamericano que se llamó T. Wheden: **«I believe that one should never kill except as a gentleman and a sportman»** (Creo que uno no debería matar nunca a no ser como un caballero y un deportista). Y este aforismo, lector, si eres aficionado o si piensas serlo, debes de tenerlo siempre presente.

NEMROD

Nenuco

PRODUCTOS NENUCO,
EL PRIMER PLACER DEL RECIEN NACIDO

LA UNION Y EL FENIX ESPAÑOL

FUNDADA EN 1864

MEDALLA DE ORO AL MERITO EN EL SEGURO

Prestigio centenario y solvencia internacional al servicio del Seguro